

José Olavarría "Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile"

en Mara Viveros, José Olavarría y Norma Fuller *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. 2001.



INVISIBILIDAD Y PODER

Varones de Santiago de Chile

JOSÉ OLAVARRÍA

Haber sido hombre para mí significa algo grande, que me dio el Señor. Le doy gracias al Señor que me haya hecho hombre.

Héctor, 29 años, popular.

PRESENTACIÓN¹

En la sociedad chilena se está produciendo un intenso debate en el ámbito de las relaciones sociales, las valoraciones culturales y la vida íntima de las personas que enfrenta a posiciones conservadoras² y autoritarias –las que adquirieron fuerza y se tornaron en el discurso oficial durante la dictadura militar (1973-1990)– y a otras que apuntan a una aceptación de la diversidad, a la mayor autonomía y a los márgenes más amplios de libertad y democracia, propios de la modernidad.

Durante el gobierno militar adquirieron gran vigencia modelos hegemónicos en diversos espacios de la vida nacional, modelos que siguen siendo reproducidos desde el discurso público por instituciones históricamente importantes e implementados a través de políticas públicas. Ello ha reforzado el conservadurismo y los modelos identitarios basados en relaciones autoritarias en la vida cotidiana de chilenos y chilenas, dejando marcas importantes en la vivencia de muchos/as, más allá de las consecuencias que han tenido en la economía, la política y la cultura. Con la derrota de la dictadura y el proceso de transición democrática, el discurso de la modernidad y las demandas de la globalización han comenzado a hacerse presentes en los discursos de las personas y, en el último tiempo, en distintas instituciones públicas y grupos de ciudadanos.

Este hecho ha marcado la tónica del período de transición, amalgamando lo que se podría llamar un particular estilo de cultural nacional que mantiene un discurso público dominante, tradicional y conservador en el ámbito cultural y cuyo origen está en diversas instancias del Estado, la iglesia católica, las fuerzas armadas y los medios de comunicación masivos –especialmente prensa

¹ Agradezco el apoyo constante y crítico de Teresa Valdés para escribir este trabajo.

y televisión—, y otros incipientes y temerosos inspirados en la modernidad, aceptados por esos mismos agentes para dar una “muestra” de amplitud que justifique las posiciones hegemónicas que sustentan. En el ámbito privado el discurso que comienza a tener expresiones mayoritarias corresponde al de la modernidad, constatado especialmente en los diversos estudios de opinión pública que periódicamente se dan a conocer. Estos discursos privados, más autónomos y de mayor independencia, comienzan a ser acompañados por prácticas también más autónomas y por demandas de cambio en los discursos oficiales y las políticas públicas.

Para un grupo relativamente importante de personas —especialmente profesionales y funcionarios/as públicos/as de diversas jerarquías—, las expectativas de que el discurso de la modernidad comience a transformarse en prácticas les ha llevado a interpretar que estos nuevos discursos ya han sido incorporados por las personas y algunas instituciones y serían una clara demostración de que las “antiguas” prácticas autoritarias conservadoras estarían modificándose. Esta nueva situación a dado origen a una especie de cultura “light”, que no cuestiona el discurso oficial autoritario, tampoco profundiza en los cambios, ni se pregunta acerca de los mismos.

En relación a los varones, expresiones de este tipo se hacen cada vez más habituales. Se anuncian cambios en los comportamientos de los hombres, especialmente actitudes más proactivas en las relaciones con sus parejas, la crianza de los hijos y la participación en las actividades domésticas, como si nunca antes las hubiesen tenido. Las menciones a una nueva masculinidad y/o paternidad pasan a ser cotidianas y no faltan quienes las den por un hecho.

Pero ¿basta la presencia de cambios en el discurso privado de algunos varones para que se pueda hablar de una nueva masculinidad o la existencia de padres modernos? ¿El modelo dominante

de masculinidad, verbalizado en los discursos públicos e incentivado por las políticas públicas, está de alguna manera asociado a los cambios que se mencionan en los varones? ¿Cuánto se sabe efectivamente de los hombres como objeto de estudio?

Sin profundizar en el referente de la masculinidad dominante y los recursos que éste otorga a los varones, es muy difícil afirmar que se están produciendo cambios significativos en los varones. ¿Cambios en relación a qué?; y si los hubiese, ¿qué los está originando?

Las páginas que siguen intentan precisamente visibilizar qué hay en el referente de la masculinidad dominante, presente en el discurso y las políticas públicas, que obliga a varones y mujeres a transformar diferencias en inequidades y a éstas en identidades y relaciones de género. Hacer visible este modelo, de lo que es ser hombre, permitirá conocer cómo se establecen las relaciones de poder entre los géneros, en las cuales los varones acceden a una cuota significativamente mayor de recursos y establecen relaciones de dominio sobre las mujeres y otros hombres que son feminizados. Desde allí será posible construir indicadores que permitan calificar si efectivamente se están produciendo los cambios antes mencionados y en qué sentido.

La primera parte del artículo caracteriza el referente de la masculinidad dominante y el proceso a través del cual los varones se inician en sus atributos y mandatos sociales. Luego profundiza en la sexualidad y el trabajo de los varones, para finalmente analizar cómo el referente se ha invisibilizado ante los propios hombres y qué recursos de poder acompañan dicha invisibilidad.

EL REFERENTE DE SER HOMBRE

Existe un amplio acuerdo en que la masculinidad no se puede definir fuera del contexto socioeconómico, cultural e histórico en que

están insertos los varones y que ésta es una construcción cultural que se reproduce socialmente (Kaufman, 1987; Gilmore, 1994; Seidler, 1994; Badinter, 1993; Connell, 1995; Gutmann, 1996; Kimmel, 1992; Fuller, 1997 y 1998; Viveros, 1998a; Valdés y Olavarría, 1997).

Los resultados de investigación que se presentan corresponden precisamente a dos estudios que buscaron conocer cómo varones heterosexuales de Santiago de Chile construyen sus identidades masculinas y cuáles son las características que éstas tienen². A partir de los relatos de los varones entrevistados se puede configurar una versión del deber ser de los hombres, el referente presente en sus identidades masculinas, que se impone sobre otras y cuyos atributos son similares a los encontrados en investigaciones efectuadas en Perú, Colombia y México por Norma Fuller, Mara Viveros y Matthew Gutmann, respectivamente. Los estudios coinciden en que es posible identificar cierta versión de masculinidad que se erige en "norma" y se convierte en "hegemónica" —incorporándose en la subjetividad tanto de hombres como de mujeres—, que forma parte de la identidad de los varones y busca regular al máximo las relaciones genéricas.

Esta forma de ser hombre se ha instituido en norma, toda vez que señala lo que estaría permitido y prohibido. Delimita, en gran medida, los espacios dentro de los que se puede mover un varón,

2. Para este artículo se analizó la información de las investigaciones "Construcción social de la masculinidad en Chile: crisis del modelo tradicional. Un estudio exploratorio", con financiamiento de la Fundación Ford y "Construcción social de la identidad masculina en varones adultos jóvenes de sectores populares", con financiamiento del Conicyt, Fondo de Estudios de Género EG96038. En ambas se trabajó con relatos de vida y entrevistas en profundidad a varones adultos, mayores de 20 años, con hijos y experiencia de vida en pareja, de dos grupos sociales relativamente opuestos en relación a su calidad y nivel de vida: populares, en situación de pobreza —algunos indigentes— y sectores medios alto.

marcando los márgenes para asegurarle su pertenencia al mundo de los hombres. Salirse de él sería exponerse al rechazo de los otros varones y de las mujeres.

Este "modelo referente" define atributos propios de los hombres e impone mandatos que señalan —tanto a hombres como a mujeres— lo que se espera de ellos y ellas, siendo el patrón con el que se comparan y son comparados los varones. A algunos, los menos, les produce grandes satisfacciones; a otros, en cambio, les provoca incomodidad, molestias y fuertes tensiones, y también los conflictúa por las exigencias que impone. Si bien hay varones que tratarían de diferenciarse de este referente, ello no sucede fácilmente dado que, así como representa una carga, también les permite hacer uso del poder que confiere y gozar de mejores posiciones en relación a las mujeres y a otros hombres inferiorizados en la jerarquía de posiciones.

Los atributos que distinguen a los varones están sostenidos y reforzados por mandatos sociales que son internalizados y forman parte de su identidad. Expresan esa masculinidad dominante que es su referente, que no necesariamente pueden exhibir o ejercer en los diferentes ámbitos de su vida; por el contrario, su exhibición y ejercicio dependerán de los recursos que posean/hereden, del contexto social en el que vivan, de su sensibilidad y de pasar exitosamente las pruebas de iniciación que le permitan reconocerse y ser reconocido como hombre.

Si bien para los varones entrevistados ser hombre tiene su origen en una característica biológica —tener pene—, las pautas internalizadas les dicen que nacen incompletos, que la plenitud se logra en la adultez, luego de un conjunto de experiencias iniciáticas o "pruebas". Así, los hombres tienen que enfrentarse a la paradoja de hacerse tales. En la subjetividad de los varones entrevistados un hombre llega a ser tal si desarrolla ciertos atributos y logra desempeñar ciertos "roles" en cada etapa de su ciclo de vida. Todo ello en

forma continua y cuidando de no salirse del libreto para no arriesgar su condición de varón.

¿Cuáles son los atributos de este modelo de “ser hombre” según los relatos registrados?

Ser varón da un signo de distinción. Les hace ser y sentirse importantes. Los otros/as así se lo manifiestan y ellos lo perciben. Ser hombre da derechos por el sólo hecho de serlo, especialmente en su familia, sea de origen o en su propio núcleo familiar. Desde niños aprendieron que ser hombre era una “gracia” que habían recibido y de la que debían sentirse orgullosos (Marqués, 1997). “Ser hombre significa y significó haber sido hijo, hermano y ahora padre. Ser hombre significa un orgullo; me siento orgulloso de ser hombre” (Alex, 24 años, popular). “Ser hombre significa todo. El ser hombre te da derecho a tener mujeres, a compartir la vida, te da derecho a sacrificarte como hombre. Ahí viene el aspecto de que tú empiezas a valorizarte desde chico y así como va pasando el tiempo, te vas sintiendo más hombre” (Chucho, 29 años, popular).

El hombre debe ser recto, responsable, está obligado a comportarse correctamente. A los varones se les exige atributos de un alto contenido moral. “No ser mentiroso ni ladrón...” (Mauricio, 32 años, medio alto). Ser digno y solidario, especialmente con su familia, con sus amigos y con los más débiles. Protector de los débiles —niños, mujeres y ancianos—, los que están bajo su dominio. El hombre empeña su palabra, la “palabra de hombre” y para demostrar que es de fiar debe sostener su palabra. “Lo que pasa es que en general está mal usado el término ser hombre, porque confunde el ser hombre con ser del sexo masculino. Hay harta diferencia, no hablo de la sexualidad, con quién se acuesta, nada de eso, sino del ser digno de llamarse hombre. No ser una persona traicionera, ser una persona derecha, para mí eso es ser hombre, una persona que mantiene su palabra, no da puñaladas por la espalda” (Willy, 21 años, popular). “El tipo que está firme en sus

valores, el que no cambia una cosa por conveniencia... que es firme en sus convicciones” (Lisandro, 68 años, medio alto). Debe demostrar su “hombría”, de lo que es capaz de sacrificar. “Uno pasa a ser como la cabeza de la familia, del hogar, como el que de alguna manera va orientando, va guiando y se sacrifica y lucha por ellos... es una enorme responsabilidad ser hombre” (Hermano, 36 años, popular). “Yo lo relaciono con ser caballero, ser noble” (Franco, 41 años, medio alto). “Los hombres son fieles, leales” (David, 43 años, medio alto). No cumplir con estas pautas de conducta es ser “poco hombre”.

El hombre es un persona autónoma, libre; que trata de igual a igual a los otros varones y se distingue de las mujeres, que deben depender de él y estar bajo su protección. El varón no debe disminuirse ante otros/as. Debe dar siempre la sensación de estar seguro, de saber lo que hace. “Un hombre es el que no puede fallar, no puede tener problemas, tiene que ser autosuficiente, sobre todo en la parte económica” (Eugenio, 45 años, medio alto). “El hombre no puede ser blandengue... Ser firme en los valores en los cuales se cree y en todo aspecto; el tipo que no cambia una cosa por conveniencia; o que vive dudando o que tiene mucho temor a que esto pueda ser negativo... el tipo que es firme en sus convicciones, sin ser intransigente” (Lisandro, 68 años, medio alto). “Llevar los pantalones bien puestos y bajo ninguna circunstancia depender de una mujer” (Loco Soto, 69 años, popular).

El varón debe ser fuerte, racional; debe orientar sus acciones en el mismo sentido del racionalismo económico. Sus obligaciones le obligan a tener clara la finalidad de sus acciones; debe adecuar los medios para responder responsablemente a lo que se espera de él. No se debe amilanar ante los problemas que enfrenta. “Es una persona capaz de afrontar muchas responsabilidades, de no quebrarse frente a los problemas, el respaldo último de la cuestión” (Juan, 32 años, medio alto).

Debe ser emocionalmente controlado. Debe ser valiente, no se debe desviar de su curso por sentimientos —que son propios de las mujeres y de los hombres débiles—, sino, por el contrario, su obligación es controlarlos y someterlos/someterse a la disciplina para su encausamiento. No debe tener miedo y si lo siente ocultarlo a terceros/as; no debe expresar sus emociones, ni llorar, salvo en situaciones que estén prescritas, en que el hecho de hacerlo reafirma su hombría: despedida de sus pares luego de muchos años de convivencia, muerte de un ser muy cercano, por “dolores” de la patria y de su responsabilidad con ella. “El hombre que es capaz de llorar, eso también es de hombre, que es capaz de pensar que en esta vida hay errores...” (*Eugenio, 45 años, medio alto*). “Salir a afrontar las situaciones peligrosas, las situaciones difíciles de la casa, porque para eso fue hecho el hombre ... si hay peligro, yo soy el que tengo que estar al frente para proteger a mi familia” (*Loco Soto, 69 años, popular*).

El hombre debe ser fuerte físicamente, su cuerpo debe ser resistente a las demandas del trabajo y a la fatiga, a las jornadas extensas cuando se le requiera; a la falta de sueño y a la tensión nerviosa prolongada. Debe estar dispuesto a competir con otros varones para demostrar sus capacidades físicas y si es posible derrotarlos/ganarles. No debe mostrar signos de debilidad, ni dolor; por el contrario, de él se espera que discipline su cuerpo para resistir esas molestias hasta el límite de su capacidad; sólo allí mostrar el dolor y solicitar ayuda.

El hombre es de la calle. La calle es el lugar de los varones, la casa es el lugar de las mujeres y los niños³, es un espacio femenino (Fuller, 1997; Gilmore, 1994). Así lo han aprendido desde niños, en su contacto permanente con otros hombres de su edad en los

3. Se usa indistintamente hijo/s, niño/s cuando se habla del conjunto de mujeres y varones.

espacios públicos —calles, plazas, canchas de deportes, estadios, discos, entre otros—. Son espacios a los que van solos, no necesitan la compañía de alguien que les cuide ni ellos la aceptarían, porque eso les feminiza; las restricciones de horas y lugares son significativamente menores, en relación a las mujeres de la misma edad, que deben ser protegidas y salir acompañadas y/o con horarios más rígidos y a lugares conocidos. Los hombres cuando adultos salen a los espacios públicos, a buscar los recursos para mantener su familia; salen para trabajar. Por el contrario, las mujeres son de la casa, ellas la deben mantener, cuidar y criar los hijos. La casa le aburre al varón. “La mujer común y corriente es la mujer de la casa, el hombre no, el hombre es el que sale a ganarse la plata para que esa mujer viva” (*Roni, 21 años, popular*). “Yo encuentro que trabajar es más rico que estar acá en la casa” (*Fabio, 25 años, popular*). “El hombre tiene que trabajar, no puede estar en la casa, el hombre tiene que ser igual que las hormigas, moverse, llegar con su dinero, tenerle las cosas a su esposa, darle comodidad, darle su dinero” (*Héctor, 29 años, popular*).

Los hombres son heterosexuales, les gustan las mujeres, las desean; deben conquistarlas para poseerlas y penetrarlas. La naturaleza del hombre, su animalidad, les señala que el cuerpo puede ser incontrolable en cuanto a su sexualidad, el deseo sexual puede ser más fuerte que su voluntad. El hombre se empareja con una mujer, es padre y tiene familia. “Me sentía más hombre, más líder, porque ya había tenido relaciones... porque ya podía comentar con mis amigos que había tenido relaciones sexuales” (*Roni, 21 años, popular*). “El sexo significa saciarse uno, porque uno siente un deseo y tiene que saciarse con alguna mujer” (*Chucho, 27 años, popular*). “Lo sexual está en la naturaleza de uno. Yo tengo un 70 o 90 y tantos por ciento de animal y, por ende, la naturaleza sexual está presente en todo. Lo sexual es animalidad básicamente” (*David, 43 años, medio alto*).

La vigencia de este modelo referente de masculinidad se puede constatar también en el ámbito de las instituciones públicas. En las fuerzas armadas es posible comprobarlo al observar, por ejemplo, el sentido que tiene el servicio militar obligatorio (obligatorio para los hombres). En una reflexión que hace un general, en ese momento en actividad, escribió al respecto: “Es así que esta preocupación nos ha llevado a la mantención de los valores espirituales y físicos que caracterizan a los hombres de armas, a enaltecer cualidades y valores como la lealtad, la honradez, el espíritu de sacrificio, el compañerismo, el entusiasmo y la resistencia física a la fatiga, a la falta de sueño y a la tensión nerviosa prolongada” (Nielsen, 1994: 4).

El referente también está presente en la definición de quienes ejercen el mando, especialmente en los aspectos éticos, de responsabilidad y ejemplo hacia los otros; en el actuar racional —la voluntad—; el adiestramiento de los cuerpos para resistir demandas en situaciones extremas, y en la relación como “padres” protectores de los subalternos, a los que exigen respeto y obediencia. Una publicación reciente del Ejército de Chile señala, en relación al mando, que “... quien lo ejerce también esta sujeto a una entrega sin límites, que implica la práctica de cualidades tan sustantivas como la sabiduría, la prudencia y la justicia”... “Oficiales y Cuadro Permanente, en el ejercicio de su profesión deberán desarrollar acciones de mando. Para asumir en la mejor forma esta responsabilidad, se requiere de condiciones entre las que se encuentra la iniciativa, creatividad, respeto hacia sus subalternos, buen criterio, carácter, valor, confianza en sí mismo, ser justo, tenaz, creativo, caballero, y poseer un estilo de mando apropiado, demostrando siempre condiciones de líder.” ... “Este rol de comandantes lo estarán cumpliendo, de manera correcta, cuando su nombre esté en el corazón y mente de los subordinados. Es por ello que se precisa de una personalidad bien definida, con criterio claro, a la vez de pre-

visor, energía y perseverancia en la ejecución, y más que nada serenidad ante los cambios de situación. Para ello deberán distinguirlos la ecuanimidad, virtud que va en el saber y la experiencia, la sobriedad, el dominio de sí mismo, el valor, como también la capacidad para desplegar una acción de mando a aquellos valores que tenderán a robustecer la disciplina, el amor al servicio, la rectitud de procedimientos, y la honradez profesional. Por lo que deben proceder con equidad y benevolencia, apartando cualquier debilidad. En definitiva, el comandante tiene la responsabilidad de servir de ejemplo y guía de sus subordinados, de estar constantemente preocupado del bienestar general y guardar las deferencias que se deben a cualquier persona. Además, deberá inspirar en los subalternos respeto, obediencia, derivada de propia preocupación, conducta y ejemplo de modo que lo sigan irrestrictamente en el cumplimiento de la misión encomendada, por difícil que sea” (AS. Armas y Servicio, 1999: 3).

Los mandatos del referente

Los atributos de este referente de masculinidad tienen implícitos mandatos que los hombres deben cumplir para ser beneficiarios de dichos atributos. Tanto atributos como mandatos se refuerzan mutuamente y forman un solo todo, que para fines analíticos es necesario distinguir y así hacer visibles. Será la exhibición de esos atributos y el ejercicio de los mandatos lo que los hará varones adultos. Entre los mandatos hay tres que se distinguen: los hombres son heterosexualmente activos; los hombres se deben al trabajo, deben trabajar por dinero, y los hombres son padres y jefes del hogar.

La heterosexualidad activa es uno de los mandatos de la masculinidad dominante. Los varones deben iniciarse sexualmente con una mujer para reconocerse a sí mismos como varones adultos. Es uno de los ritos de iniciación que normalmente antecede a otros

como el de trabajar y por supuesto el de ser padre. Por eso una de las etapas más importantes en la sexualidad de los varones es la primera relación sexual. Con ella inician, aunque no siempre, su vida sexual activa, según los entrevistados. Con la primera relación sexual los varones cumplieron con el rito de iniciación como heterosexuales: ahora eran hombres; se incorporaron al mundo de los hombres adultos, capaces de atraer a las mujeres; aclararon las dudas sobre la propia sexualidad; vivenciaron el placer con una mujer, la penetraron; varios gozaron, no todos. “Una satisfacción de como quien dice ‘deber cumplido’; o sea, pasé una etapa, una satisfacción en ese sentido de poder decir: Ya, lo hice, me saqué el pillo, ya sé cómo es la cuestión y para qué sirve, y poder decir: Ya soy hombre o soy grande, en ese sentido, sí, una satisfacción” (Juan Pablo, 38 años, medio alto). “Claro que fue un cambio, en el sentido de que ya podía entrar al círculo de los cacheros⁴, como le decían. Ahí ya entraba al círculo. En términos de hombría, era más que los otros” (Carlos, 56 años, popular).

La primera relación sexual para los varones no sólo tiene que ver con el deseo, sino también con el logro de una meta fundamental para todo hombre, poseer una mujer, penetrarla y comunicárselo a los otros varones, para decirles que ya entró al club de los hombres con mayúscula y a partir de ese momento puede participar de igual a igual. “Yo me sentí hombre del solo hecho de hacer el amor con una mujer y eyacular, así como lo hice en ese momento. Sentir lo que yo sentí en ese momento para mí fue una experiencia, fue la experiencia más grande que tuve en mi vida. Bueno, ahí significó hacerme hombre, significó que ya se adquiere más el conocimiento de uno, que es hombre” (Chucho, 29 años, popular). “La primera relación es otro quiebre, es otro punto de quiebre importante, que marca mucho... en que uno ve las cosas distintas.

4. *Cacha* = relación sexual.

Uno quiere repetir, quiere ver más, probar más, quizás un poco más relajado tal vez... Fue rico que hubiera sido, de hecho me recuerdo bastante bien, fue un hecho muy trascendente” (David, 43 años, medio alto).

La primera relación les permite a los varones salir de las dudas de cómo es tener una relación sexual, cómo es la penetración, saber si es capaz, verle “el ojo a la papa”, salir de la curiosidad: sentirse hombres –heterosexuales–. “Sí, al principio yo dije: ¡Ah! como no se me pare... qué hago ¡ahí!, qué tal que no se me pare. Era la primera vez; yo no sabía qué pasaba. Y ahí pasó lo que tenía que pasar, no más, no hubo ningún problema” (Polo, 21 años, popular). “Me acuerdo que yo siempre preguntaba que qué era lo que se sentía cuando uno acababa. Y ahí pude sacarme lo que siempre le preguntaba a cualquier otro de los chiquillos con que me juntaba. Ya no preguntaba qué se siente. ¿Qué sentí? Me sentí así como relajado después, claro” (Chano, 22 años, popular).

Con la primera relación sexual se le abre a los varones el mundo de las mujeres, ya podrán acceder a otras y poseerlas, penetrarlas; las mujeres están al alcance. Ellos se sienten capaces de asumir el mandato de que a las mujeres se las conquista y posee, aunque en algunos casos ellos fuesen los seducidos. “Un cambio grande, hubiera sido distinto si ella no hubiera quedado embarazada. Porque creo que hubiera sido algo como que hubiera aprendido a haberlo hecho, porque cuando yo empecé a pololear con la mamá de mi hijo me di cuenta de que podía acceder a otras mujeres, me puse super mujeriego ¿ya?; empecé como a pegarle en la nuca⁵ sin que ella supiera. Ya sentía que el sexo no era privado para mí, ya era algo que ya lo había vivido, entonces lo podía vivir con otras parejas” (Andrés, 26 años, popular). “Como que de repente hubo un cambio, se nota el cambio, como que uno empieza ya a sentir

5. *Pegarle en la nuca* = engañarle.

que la relación con una mujer no es solamente andarse paseando de la mano, andarse comiendo un heladito por ahí, sino que ya, ya es contacto. Como que de ahí ya empezó a cambiar la cosa con las mujeres, como que ya fui más mujeriego" (*Coto, 28 años, popular*).

Los hombres, con el inicio de la relación amorosa y de la sexualidad activa, reafirmaron su identidad de varones, respondieron a los mandatos que les indican cuándo los hombres "son hombres". Al iniciarse en la sexualidad activa, la atención de los varones estuvo puesta especialmente en la satisfacción del deseo, fuese en una relación amorosa o ejerciendo poder para conquistar a una mujer. No se plantearon las consecuencias que su sexualidad podía tener en la pareja o en él. No utilizaron ninguna protección: "No, tú sabes que en ese momento uno no se acuerda de esas cosas, le echa para adelante no más. No sé qué pasó después, porque no la vi más. En estos casos las cosas se dan así, o sea, las ganas vienen y uno lo hace no más, esa huevía tú no la controlas" (*Polo, 21 años, popular*).

Otro mandato señala que los hombres deben trabajar, es su obligación y una gran responsabilidad. Es inexcusable que un varón adulto no trabaje. La condición de hombre adulto se alcanza sólo si se es lo suficientemente autónomo y capaz de producir los medios para la existencia propia y la de su familia. El que trabaja es una persona activa. A través del trabajo los varones consiguen aceptación, reconocimiento social a su capacidad de proveer y producir; con él generan los recursos materiales que garantizan la existencia y seguridad de su familia. El mundo laboral pasa a ser, entonces, un espacio en el cual ellos deben tener un lugar. No cumplir esta meta significa no estar a la altura de ser hombre, puede ser indignidad, decepción, fracaso. Más humillante aún para un varón adulto es que otro trabaje por él, pudiendo él hacerlo, especialmente si es una mujer. "En la cosa laboral hay como un sentimiento atávico, que tiene que ver con la parte proveedora, o re-

solver la cosa económica. Ése es un elemento importante" (*Jonás, 33 años, medio alto*). "Significa mucha responsabilidad. Para mí el trabajo es una gran responsabilidad con la familia. Tengo que enfrentar la situación" (*Pelao, 44 años, popular*). "Es la esencia de un hombre, algo que le estructura la vida y, además, una responsabilidad con la familia" (*Pablo, 46 años, medio alto*).

A los hombres se les prepara para el trabajo. "Para mí trabajar es algo bastante natural. En mi familia yo recibí una educación para el trabajo; nos preparamos para el trabajo y trabajamos, y era bien visto trabajar, era un valor importante en la familia, el no trabajar es mal visto" (*David, 43 años, medio alto*).

Asimismo, el modelo dominante de masculinidad plantea a la condición adulta la exigencia de un modelo pautado de paternidad, es decir, no se trata del mero hecho de engendrar hijos. Los hombres adultos son/deben ser padres, la vida en pareja, la convivencia/matrimonio tiene como basamento la procreación, el tener hijos. Ser padre es participar de la naturaleza: así está preestablecido y no se cuestiona, salvo que se quiera ofender el orden natural⁶.

Así como la paternidad es un paso fundamental en el camino del varón adulto, le da un nuevo sentido a los mandatos de la masculinidad hegemónica. Ahora el varón es importante, ya no en términos generales, sino en relación a personas específicas, su mujer e hijo/s: es el jefe del hogar y tiene la autoridad en el grupo familiar, con respaldo legal⁷. En este momento se vuelve "responsable", pues debe asumir a su familia, hacerse cargo de ella y prote-

6. Los sacerdotes, hombres célibes, con voto de castidad, son considerados también "padres", "padres" de su grey.

7. El ordenamiento jurídico chileno es originalmente patriarcal, con la figura de autoridad marital y paterna claramente establecida y consagrada en el Código Civil de 1855.

gerla. Debe ser "racional", no se puede dejar llevar por la emocionalidad; "sacar adelante" su familia requiere de ello y así lo esperaría su familia. No puede ser débil, emocional o temeroso ni demostrarlo antes su mujer e hijos/as. Debe trabajar para proveer a su núcleo y salir a la calle, porque en ese espacio se encuentra el trabajo del hombre, más allá de los límites de la casa. Por el contrario, se espera que la esposa/pareja obedezca al varón⁸. Ella es la responsable de la vida dentro del hogar y de la reproducción, debe cuidar el espacio del hogar y la crianza de los hijos; es emocional y expresa sus sentimientos, así lo hace con su pareja e hijos/as. "Para mí ser hombre es sinónimo de generar recursos, sinónimo de trabajar, sinónimo de sacar la familia adelante cuando uno es hombre y es casado. Ser hombre es como quien dice ponerse los pantalones, porque hay que apechugar, cuando uno es hombre tiene su actividad sexual, de la actividad sexual nacen los hijos, los hijos necesitan alimentarse, estudiar, vestirse, y ahí uno se hace hombre, cuando puede apechugar en la familia" (*Pancho, 28 años, popular*).

El padre es una persona importante, el jefe de familia, la autoridad del hogar; su trabajo permite proveer a la familia y a los hijos; prueba y ejerce su heterosexualidad a través de los hijos que procrea, y demuestra su poder siendo fecundo. El hombre/padre, así, tiene un destino señalado: constituir una familia estructurada a partir de relaciones claras de autoridad y afecto con la mujer y los hijos, que le permitan guiarla en un espacio definido, el hogar. Esta forma de constituir la familia establece una separación nítida entre el mundo de lo público y lo privado y una clara división sexual del trabajo entre el hombre y la mujer. A la mujer, por su parte, le corresponde complementar al varón, ocuparse de la crian-

8. Apenas en el año 1989 se modificó el Código Civil, eliminando la obligación legal de obediencia de la mujer al cónyuge.

za de los hijos, ordenar el hogar y colaborar con el padre/marido. "Pienso que el único derecho [del padre] es que le obedezcan, decirles como hay que hacer las cosas; llevar un orden, una disciplina; pienso que es el derecho de él, por estar manteniendo la casa; derecho a que por lo menos ..., bueno no sé si se le llamará respeto a eso, pero la idea es decir que se hagan las cosas bien y que se le escuche" (*Ojota, 52 años, popular*).

Al internalizar los varones los atributos y mandatos del modelo referente de masculinidad como la forma aceptable de ser hombre, su observancia les hace sentir dignos frente a sí mismos y a los demás. Se establece así un tipo de convivencia, que emerge de ese deber ser masculino y orienta las relaciones entre los varones y de éstos con las mujeres. En la medida que atributos y mandatos se incorporan a la propia identidad de los varones —y de las mujeres—, ese referente se transforma en norma ineludible, una especie de super yo, que organiza la vida y las prácticas de los hombres y a partir del cual son evaluados y juzgados, y a su vez les permite hacer lo mismo con los otros/as.

EL PROCESO DE HACERSE VARÓN ADULTO HETEROSEXUAL

Este modelo referente de masculinidad, "norma" y "medida" de la hombría, plantea la paradoja de que los hombres deben someterse a cierta "ortopedia", a un proceso de hacerse "hombres". Proceso al que está sometido el varón desde la infancia. "Ser hombre" es algo que se debe lograr, conquistar y merecer.

Los varones, pese a nacer hombres, sienten que se deben hacer hombres, eso se espera de ellos por otros y otras. Deben llegar a hacer demostración de ciertas cualidades y atributos, adquiridos a través de su vida, que les permita reconocerse y ser reconocidos como varones en las distintas etapas de su vida, en especial cuando

se llega a la adultez. Este proceso está acompañado de diversos ritos de iniciación, que pese a no tener la liturgia de los ritos de pueblos ancestrales, están profundamente arraigados en la cultura actual, aunque no se les reconozca explícitamente como tales. Adquieren sí el carácter de mandatos que deben ser obedecidos por los varones para ser incorporados al mundo de los hombres.

En este contexto, para hacerse hombre los varones deben superar ciertas pruebas como conocer el esfuerzo, la frustración, el dolor; haber conquistado y penetrado mujeres; hacer uso de la fuerza cuando sea necesario; trabajar remuneradamente; ser padres/tener hijo/s; como fruto de lo anterior, ser aceptados como "hombres" por los otros varones que "ya lo son", y ser reconocidos como hombres por las mujeres. Son los otros hombres, fundamentalmente los adultos, que encarnan el referente al que se deben igualar e identificarse, los que califican y juzgan su masculinidad; la opinión de los otros es definitiva, ellos aprueban los desempeños y logros que acreditan que es un varón; con ellos compiten. La competencia de un hombre es con otros hombres: compite por mayor poder, prestigio, fuerza, inteligencia y, especialmente, por las mujeres. Competir con una mujer en cambio es rebajarse, afecta su dignidad de varón porque, por definición, es una inferior. Pero con las mujeres construye la diferencia, que es constitutiva de sus identidades. Ellas son las que refrendan su orientación heterosexual y sus capacidades en este campo; pueden fortalecer o debilitar/desprestigiar dicho reconocimiento, según sea la calificación pública que hagan de su desempeño sexual o su calidad de proveedor. Se constituyen también en garantes de la masculinidad.

La mujer y lo femenino representan el límite, la frontera de la masculinidad, lo abyecto, como ya lo ha señalado muy bien Norma Fuller (1997). El hombre que pasa el límite se expone a ser estereotipado como no perteneciente al mundo de los varones, siendo marginado y tratado como inferior, como mujer (Lagarde,

1992; Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Kimmel, 1997; Kaufman, 1977; Parker, 1998; Viveros, 1998a).

Al relatar los varones acerca del proceso de hacerse hombres, se referían a la transformación que los llevó desde niños a adquirir una identidad masculina adulta; indicaron un proceso, en el que debieron superar "pruebas" para alcanzarla. También señalaron cómo se encarnaron en ellos los mandatos sociales, aunque no captaran necesariamente el sentido que tenía y en muchos casos les resultase a los menos incómodo adoptarlos/adaptarse. En los hombres, sus procesos identitarios y el sentido de las relaciones con varones y mujeres estuvieron desde el inicio impregnados del género.

Este doble demanda, demostrar/me que soy hombre hoy y me preparo para serlo mañana, está íntimamente ligada a las etapas del ciclo de vida del varón: la infancia, la pubertad/adolescencia, la adultez y la tercera edad o la etapa del adulto mayor. En cada momento esa disyuntiva tendría una particular forma de resolución aceptable. Para los varones entrevistados —adultos jóvenes y adultos—, la transición más importante estaba entre la niñez/adolescencia y la adultez; ese período lleva al varón a alcanzar su mayor expresión, para luego ir perdiéndola, a medida que se interna en la vejez. El proceso de hacerse varón adulto les habría significado cambios y transformaciones, en las diversas dimensiones de su biografía. "¿Un varón? ¿A ver cómo se puede definir a un varón? Una persona que cuando fue niño jugó con autitos y con pelotas, que cuando fue adolescente se preocupó de mirar a las niñas y conversar cosas de hombre... y cuando ya pasó a ser un adulto se preocupó de formar una familia, de mirar todas las cosas con un grado de masculinidad, se podría decir de macho, así con ojos de macho" (*Alex, 24 años, popular*). "Un varón, varón, cuando ya uno es más que adulto. Un varón yo llamo a un tipo de 35. Varones, varones se les llama a los gallos ya que están bien constituidos,

tienen parte de su vida bien forjada, están ahí en la raya misma, porque los 35, 40 son de otra etapa *de la vida...* Ahí uno recién es varón, no a los 20 ni a los 30, sino que a los 35 y a los 40 uno dice: Yo voy a tener plata para cuando tenga 50, o voy a tener aquí para arriba, y ahí se mide la capacidad de las personas" (*Pancho, 27 años, popular*).

Este proceso, en el que el niño se transforma en varón adulto según los relatos, implica vivencias que es necesario experimentar por el adolescente/joven para sentir que se ha llegado al umbral de la adultez, que ya no se es niño. El niño debe despertar a la "verdadera realidad de la vida" que no es fácil ni acogedora; la etapa de transición debe preparar al adolescente para vivir esa realidad, para que aprenda a enfrentarla. No se puede seguir siendo un niño siempre. Los entrevistados señalaron que vivieron esa transición como un episodio de gran intensidad, en el que ocurrieron cosas importantes en sus vidas, se presentaron desafíos significativos, dudas cruciales. No se resolvían de manera rápida y fácil. Era una mezcla de drama y comedia, con diversas tramas, guiones y un epílogo principal: ser varón hoy y prepararse para serlo cuando adulto. Este proceso le dio profunda intensidad a la transición de la infancia/adolescencia a la adultez. A los varones les implicó un modelamiento de su identidad, de los sentidos subjetivos de sus prácticas y de las relaciones con varones y mujeres. Dicho de manera simple, "aprendieron" que un hombre no puede "ser" de cualquier modo ni puede hacer cualquier cosa. Cada varón transita, mostrándose como hombre ("actual"), hacia lo que supone es ser hombre adulto ("futuro") y trata de alguna manera de adaptarse a ese referente. El cómo ser un hombre no está entregado al arbitrio personal, hay un camino, de alguna manera indicado, "correcto", que es el referente, y toda desviación tiene consecuencias. En la medida que se aleja de ese modelo de hombre, se feminiza. Es así que luego de cumplir con ciertos requisitos y pruebas, no an-

tes, puede recién autoasignarse la categoría de hombre "hecho y derecho", y ser señalado así por otros/as. Pero ese sitio sigue siendo objeto de disputa, nunca se es lo suficientemente varón, según el referente.

A cada varón le tocará vivir esa transición a su modo, las condiciones de su medio condicionarán en gran parte cómo se vivirá el proceso. En el relato de los entrevistados, sobre su propio proceso de transformarse en adultos, se indicaron acontecimientos, momentos, disyuntivas que fueron considerados cruciales y constituyeron marcas o huellas en su historia personal. Estas vivencias fueron tomadas como signos de un cambio, dándoles subjetivamente un orden a esta transición y coherencia a la propia biografía. Los entrevistados se refirieron a dichas vivencias como marcas significativas, las recordaban y nombraban.

Las vivencias que fueron significativas en el camino de hacerse hombre adulto llevaron a los varones a concluir que éste fue un proceso doloroso, en el que fue necesario llegar a pensar, conversar y actuar como hombres, juntarse con hombres, adquirir madurez y confrontarse con otros varones y con las mujeres.

Según los relatos, las vivencias dolorosas en la niñez y adolescente son necesarias para llegar a la adultez. En algún momento el niño/adolescente comenzaría a ser consciente de las situaciones que lo rodean, y algunas en especial, como ciertos trances emocionales, carencias y pérdidas, serían recordadas como particularmente dolorosas. Se dejaría de ser niño cuando ya no es posible ignorar el dolor. "Cuando conoce la verdadera realidad de la vida, no los juegos ni las cositas ricas que le da la vida. Cuando uno sufre, se convierte en hombre. Cuando le faltan cosas, o sea, cuando quiere tener su ropa y no puede. Yo creo que él mismo se esfuerza en comprárselo y yo creo que ahí uno se va haciendo hombre" (*Fabio, 25 años, popular*). "En mi caso, con el sufrimiento que tuve cuando niño. Eso me enseñó a madurar y a sentirme más hombre

y cuando por primera vez hice el amor me sentí conforme, realmente un hombre hecho y derecho” (*Chucho, 29 años, popular*). “Mi experiencia me dice que a los 12 años; fue doble, con la llegada de la pubertad, donde uno cambia de voz, se produce el despertar de la sexualidad; en el caso mío se presentó la muerte de mi padre, que me significó tener que sobreponerme sin el alero de mi padre” (*Clark, 42 años, medio alto*).

El pensar y sentir como hombre de alguna manera implicó perder la inocencia de la infancia, ya no era la mirada ni el sentir ingenuo, sino el talante fruto de las diversas vivencias del joven adolescente; no se siguió creyendo ni en el “cuento de la cigüeña” ni en “el viejo pascuero”. Fue una toma de conciencia, un “darse cuenta”, tanto de ellos mismos como del mundo que les rodeaba. Fueron adquiriendo madurez, fruto de trances emocionales, afectivos. Todo ello interpretado como un requisito que les condujo a la madurez psicológica y les permitió hacer frente a las exigencias de la vida como varón adulto. “Ser hombre no es llevar una huevada colgando, sino que ser hombre es ya pensar y actuar como hombre. Hacer cosas de hombre” (*Coto, 28 años, popular*). “Yo pienso que cuando ya se empieza a dar cuenta de las cosas, cuando tú te das cuenta de lo que está pasando. Por ejemplo, yo me empecé a dar cuenta cuando había problemas en la casa. Cuando hay discusiones, el niño pierde eso, porque empieza a grabarse cosas en la cabeza que están sucediendo, entonces al otro día, dos días más, pasa lo mismo... entonces ya deja de ser un niño; ya su mentalidad, su mente, no es como cualquier otro niño. Porque un niño es siempre como un remolino que da vuelta y cuando hay problemas y todo eso, como que para, de repente da vuelta y de repente para. Pienso que se es varón cuando un niño ya empieza a darse cuenta de las cosas o de los problemas que hay” (*Héctor, 29*

9. *Viejo pascuero* = Santa Claus.

años, popular). “Tienen que ver con el hecho de que uno va haciendo más conciencia, de que forma parte de una sociedad, de una familia, de este género humano” (*Nefalí, 54 años, medio alto*).

Los otros varones, los ya iniciados, los mayores, fueron los árbitros que decidieron el momento en que los entrevistados habían superado los ritos de iniciación y podían ser aceptados como tales entre ellos. Lo que midieron los otros varones no fue precisamente la experiencia en el dolor, ni la conciencia del mundo en el que vivían, ni la madurez, sino comportamientos que en alguna medida suponían lo anterior. Este reconocimiento de haber logrado el nuevo estatus de varón se expresó en su aceptación por los varones mayores y su integración en sus grupos y conversaciones de “hombres”. “Bueno, en mi caso fue tener mis amigos, juntarme con hombres y estar conversando como hombre. Bueno, me sentía un poco más hombre para mis cosas, porque yo ya tenía el pensamiento de armar mi familia” (*Lucio, 29 años, popular*).

Este proceso, de aceptación por los ya iniciados y los comportamientos exigidos para serlo, era cada vez más dificultoso y suponía mayores riesgos, con consecuencias no siempre previsibles, especialmente durante la adolescencia. Comenzaron con las competencias en la infancia: orinar, escupir y decir garabatos¹⁰, participar en juegos de “hombres” y no de “mujercitas”, entre otras. En la adolescencia se iniciaron colectivamente en el voyerismo, la pornografía, en el cigarrillo, el alcohol y, en algunos grupos, con drogas primero suaves y después fuertes; hicieron gala de conquistas femeninas; se enfrentaron en competencias físicas y deportivas para demostrar fuerza y astucia y otras que suponían riesgos físicos —por ejemplo, ingestas de alcohol, carreras entre vehículos—. Y finalmente, siguiendo los mandatos, cumplieron con los ritos iniciáticos de la adultez: ser activamente heterosexuales, trabajar remunera-

10. *Garabatos* = malas palabras, palabras soeces.

radamente y tener hijos (que no siempre significa ser padres para algunos) y ser padres.

La primera relación sexual confrontó su orientación sexual con una mujer y les permitió salir de toda duda acerca de su identidad sexual, como varones heterosexuales. Ello les permitió, por un lado, confirmar subjetivamente su orientación sexual, según el "camino que tiene el hombre", en el cual lo crucial fue patentizar una orientación sexual claramente heterosexual; ya estaban a salvo de desviarse de su ruta; el desvío podía conducir a la homosexualidad, desviación inaceptable según el modelo referente. También demostraron a los otros varones que ellos habían pasado el rito y por tanto eran dignos de ser aceptados entre los iniciados. Y finalmente, las mujeres los aceptaban como varones que podían poseerlos. Las mujeres se constituyeron así en la otra puerta de entrada que era necesario pasar para ser considerado hombre adulto. "Yo pienso que cuando le empiezan a gustar las mujeres siente un rechazo de estar cerca de un hombre. Yo cacho que el paso que lo marca es tener una relación con una mujer. En mi caso, cuando tuve mi primer contacto con una mujer y me di cuenta de que las mujeres están hechas para el hombre" (*Yayo, 26 años, popular*). "En el motel, cuando me tomé el cortito y me comí el maní (*risa*). Ahí ya dije: ya soy hombre" (*Maly, 27 años*). "A los 14 años, más o menos, tuve mi primera relación sexual, con una nana de mis sobrinos que era como de la casa digamos y yo siempre intentaba sacar estas fantasías digamos sexuales que tenía; hasta que una vez pasó. [Después de eso] ya no te contaban cuento, en relación a cómo era el asunto digamos, en relación a qué es lo que pasa...Es como una superación o una concreción de algunas fantasías que tú tenías sobre el tema, entonces también era un cambio, de todas maneras. Yo diría que me sentía más grande, ya, como el quemar una etapa, más que más hombre, yo diría más grande, más adulto" (*Jonás, 33 años, medio alto*).

Otro de los ritos de iniciación fue el trabajar remuneradamente. El trabajar afectó directamente la subjetividad de los hombres, les hizo sentir "vivos", desde ese momento pasó a constituirse en "la" actividad principal, a la que destinaban más tiempo y les permitía "realizarse" como varones. El trabajar fue y seguía siendo, asimismo, una demostración a terceros/as de que eran varones adultos, dignos de respeto, especialmente por parte de su pareja y núcleo familiar. Ellos/as en gran medida calificaban su comportamiento. Trabajar les permitió constituir su propio núcleo familiar de manera autónoma. "Para mí trabajar significa estar vivo" (*Mauricio, 32 años, medio alto*). "Me gusta. Creo que es la parte que lo mantiene a uno vivo. Pienso así. Pienso que cuando uno no hace ni una cosa la persona se va hacia abajo" (*Choche, 50 años, popular*). "Es una responsabilidad, una obligación del varón que se debe asumir como sea. Significa una obligación para uno, para mantener el hogar" (*Felo, 52 años, popular*).

Un tercer rito iniciático fue el de la paternidad, tener un hijo. La paternidad fue uno de los pasos fundamentales del tránsito de la juventud a la adultez, según los varones entrevistados, uno de los desafíos que debieron superar. Fue, asimismo, la culminación del largo rito de iniciación para considerarse hombre "con mayúsculas", como más de uno señaló. Tener un hijo les hizo reconocerse y ser reconocidos como varones plenos. (Valdés y Olavarría, 1998; Olavarría y Parrini, 1999). "Cuando nació mi hija, estaba completo el ciclo. Era papá. Se estaba cumpliendo la función básica encomendada por Dios: procrear. Aquí hay un hombre íntegramente hecho, completo" (*Darío, 25 años, popular*). "No se termina de ser hombre si no se tienen hijos. Es parte de la esencia de un hombre completo, íntegro" (*David, 43 años, medio alto*).

En el proceso reflexivo que hace el varón de su biografía, es un diálogo interior lo que le lleva a darse cuenta de la identidad genérica propia y del proceso de transformación en varón adulto. El

varón, así, hace suyos los atributos y mandatos sociales del modelo de referencia que ha internalizado desde niño a través de sus vivencias; subjetivamente siente que ha cumplido los pasos para llegar a ser "hombre": "Soy un hombre adulto porque he aprendido en el sufrimiento; siento, pienso y converso como hombre, soy aceptado por otros varones adultos y formo parte de sus grupos; he madurado, me gustan las mujeres, he hecho el amor con ellas; trabajo remuneradamente; he sido padre y formado una familia".

En el proceso de hacerse varones adultos, los entrevistados destacaron especialmente dos aspectos: sentirse responsables y haber adquirido autonomía personal suficiente para ser relativamente independientes de terceros.

En el ámbito de la responsabilidad, las vivencias experimentadas los llevaron a asumir ciertas obligaciones, como reconocer y hacerse cargo de un hijo; trabajar para responder a requerimientos de su núcleo familiar. En el campo de la autonomía sintieron que podían comenzar a decidir acerca de sus vidas, porque ya tenían los medios intelectuales, emocionales e ingresos mínimos para lograrlo. Podían decidir si se emparejaban o no; si se casaban o sólo convivían; si se iban de un trabajo y aceptaban otro. "Me sentía más hombre, porque ya había tenido relaciones. Ya podía comentar con mis amigos que había tenido relaciones sexuales" (*Roni, 21 años, popular*). "El día en que nos fuimos de la casa y tuve que cuidar a mi mamá, a mi hermana, pues ahí yo tuve que madurar rápidamente. Era el hombre de la casa y tenía que asumirlo" (*Willy, 21 años, popular*). "Yo pienso que me hice hombre cuando empecé a trabajar, cuando empecé a tener una responsabilidad. Cuando yo empecé a trabajar, tenía que ir a tal hora a trabajar, después volver a la casa a tal hora. Me empecé a dar cuenta de que yo me estaba haciendo un hombre" (*Héctor, 29 años, popular*).

Algunos varones, asimismo, sintieron que ya eran adultos cuando se hicieron responsables de lo que pasaba en su comuni-

dad, en su iglesia, en el país. Voluntariamente deciden trabajar en estos campos y asumen responsabilidades. "Creo que cuando participé en la parte social de este país, cuando hice parte de la izquierda. Aprendí cosas. Por ejemplo, hasta el día el hoy, todos los días veo las noticias. Sentí que era parte de esta sociedad, no era un cabro chico. Pero aparte de acercarte a esta sociedad, tenía una responsabilidad también, el hecho de usar mis palabras y mi violencia en el momento y en el lugar preciso y no andar protegido. Yo siento que eso me hizo sentirme más hombre, no maduro, pero hombre" (*Andrés, 26 años, popular*). "Fue durante el período de la universidad, se cumplieron varios cambios. Hice las cosas porque yo quería hacerlas ... militar, los trabajos voluntarios. Empecé a hacer clases. Pasé del niño temeroso a ser capaz de enfrentarme a otras personas" (*Patricio, 32 años, medio alto*). "A cierta edad a uno le pasan ciertas cosas que uno sabe que ya no es lo mismo... cosas tontas, domésticas, como que te puedas manejar solo, llegar tarde, tener llaves de la casa y que el papá y la mamá te miran de otra manera... Recuerdo que a los 14 años tuve una reunión de partido en la noche y llegué sin pedirle permiso a nadie. En ese momento, en que sentía que podía tomar mis decisiones, ése es el momento en que uno se hace hombre" (*Juan Pablo, 32 años, medio alto*).

El ser hombre adulto es, por tanto, la etapa del ciclo de vida de los varones que define a las otras: la infancia "inocente"; la adolescencia como preparación; la adultez, el hombre en plenitud; la vejez con la experiencia y el deterioro. En cada una de ellas se espera que actúe como hombre y las pautas internalizadas prescriben identidades específicas para ellas. Hay una forma de ser varón cuando niño, adolescente, adulto y viejo.

Los varones entrevistados se ven enfrentados a estas pautas internalizadas que emergen del referente. Están siempre comparándose, de alguna manera, con ese modelo de hombre. Ellos se sienten distintos a lo que éste prescribe, son diferentes, pero cons-

tituyen su referente y han estructurado sus identidades en torno a él. El modelo dominante y sus mandatos está presente en todos y las diferencias se establecen a partir de él.

LA SEXUALIDAD: DESEO Y PLACER

La sexualidad, las vivencias sexuales y la relación con la pareja fueron temas que incomodaron a la mayoría de los consultados; tocaban aspectos de su intimidad, entendida como un plano protegido de sus vivencias; y de alguna manera quedaban desprotegidos al exponer sus capacidades y falencias ante un tercero, también varón.

En el caso de los varones de sectores populares existía, además, un problema de lenguaje. Es un tema del que se habla poco y faltan palabras adecuadas. La precariedad de palabras, el desconocimiento de un lenguaje que exprese de manera más válida lo que han vivenciado, fue una de las cuestiones que quedó en evidencia. En varios de ellos hubo escasez de conceptos y expresiones verbales para hablar sobre la sexualidad sin caer en lo vulgar. La sexualidad más bien se vive (Palma y Quilodrán, 1994).

En sus relatos los entrevistados revelaron que la sexualidad es un componente esencial de su identidad masculina. "Yo me sentí hombre sólo por el hecho de hacer el amor con una mujer y eyacular, así como lo hice en ese momento. Para mí fue una experiencia en ese momento la más grande que tuve en mi vida" (*Chucho, 27 años, popular*). Desde niños aprendieron y escucharon que los hombres son heterosexuales, que les gustan las mujeres, así lo habían internalizado y así lo sentían. Al llegar a la pubertad, confirmaron que eran heterosexuales, por lo tanto que eran hombres, deseaban a las mujeres, deseaban penetrarlas, eran "normales". Se sintieron fuera del peligro de desear a otros hombres. "Yo nací hombre, pero... pienso que cuando tuve mi primer contacto con

una mujer me di cuenta de que las mujeres están hechas para el hombre" (*Yayo, 25 años, popular*). "Estando en la universidad, cuando quise tener una niña, sentía que me seducía, ahí me di cuenta de que era una cosa plenamente sexual, yo caché¹¹ que era hombre y ella era mujer" (*Wally, 40 años, medio alto*).

Construyendo el cuerpo y el mundo de hombres y mujeres

La socialización en la sexualidad fue un proceso contradictorio. Por un lado, estuvo su despertar al deseo sexual, los cambios que experimentó en su cuerpo y, por otro, la interpretación que hizo de su sexualidad, asociada al deseo y al placer, "el instinto animal". En los primeros momentos esta fue una vivencia solitaria, nadie le anticipó ni le ayudó a interpretar lo que le sucedía. Ni su núcleo familiar, ni el colegio le enseñaron a interpretarlo o lo interpretaron como pecaminoso. No hubo aprendizaje, salvo el de la omisión. Los padres, en contadas ocasiones, y el colegio le enseñaron de la biología del cuerpo, la genitalidad, pero no del deseo y el placer, que es lo que a él más le preocupaba y requería. Esto sucedía mientras vivía con su familia e iba al colegio. "Yo creo que fue una polución nocturna. Me asusté. Porque no sabía si me había hecho pichí en la cama, pero no era eso, desperté asustado, y... las sábanas... (*risas*). En mi familia no se dieron cuenta" (*Keko, 25 años, popular*). "Sentí que se me había abierto un ámbito oculto, no conocido por el resto" (*José, 30 años, medio alto*). "Una cosa de susto y vergüenza y de querer ocultar" (*Wally, 40 años, medio alto*).

La presencia de padres y madres que se mostraban pasivos y asexuados ante los hijos les resultó a los varones coherente con la indiferencia que éstos mostraron ante su despertar sexual como hombres. No les hablaron de la sexualidad masculina, del deseo y

11. Cachar = darse cuenta, entender, comprender.

el placer, ni mostraron vivencias de la sexualidad de su vida en pareja. Esta situación se acentuó cuando el padre estaba ausente, especialmente en los sectores populares. A los ojos de los personajes entrevistados, el deseo, el placer y la sexualidad activa eran prácticamente inexistentes en sus padres/madres, éstos lo habían invisibilizado casi totalmente. "Mis padres nunca me explicaron nada; bueno, yo nunca tampoco les pregunte nada" (*Chano, 22 años, popular*).

Los varones de sectores medios alto fueron informados algo más por los padres, especialmente sobre su biología y la reproducción, pero en general la enseñanza fue pobre y ocasional. Sin embargo, se transmitió claramente el mensaje de que la sexualidad activa, la expresión del deseo y el placer del varón, no correspondían al ámbito de la familia. Debían invisibilizarse, eran vulgares, pecaminosos. Para ellos estaba el espacio de la calle. "Mi padre ni siquiera me enseñó temas de higiene básicos relacionados con la sexualidad, me entiendes. Nada, nada" (*Mauricio, 32 años, medio alto*).

Con ello, los padres (o madre sola) reafirmaron en el niño/adolescente las interpretaciones del modelo referente de masculinidad que sobre la sexualidad y su cuerpo aprendieron de la calle. Corroboraron los mandatos que los orientaron, al menos en la adolescencia, en la relación con las mujeres. Su origen está en la "naturaleza" de los hombres, los que, como todos los animales, tienen "instintos", entre ellos el de reproducirse. Las vivencias que los hombres tienen de su sexualidad son interpretadas, así, a partir de esta suerte de "teoría" que atribuye un rol central a la existencia de este "instinto sexual masculino" que se expresa en un deseo irrefrenable y permite la reproducción de la especie. Todo hombre (y los hombres son heterosexuales) deben poseerlo. Éste se comienza a hacer presente en los hombres en el momento de la pubertad y al inicio de la adolescencia.

Esta expresión de animalidad se expresa, por tanto, en necesidad y deseo. Necesidad porque es un instinto animal, cuyo control no depende de él, es más fuerte que la voluntad del varón, es un requerimiento objetivo de su naturaleza para reproducir la especie. Y es un deseo, porque subjetivamente orienta la satisfacción de esa necesidad hacia el objeto del deseo: una mujer. Para satisfacerla hay que poseer una mujer, penetrarla. El deseo sexual, por tanto, sería un instinto determinado biológicamente, que respondería a un ciclo. Según esta "teoría", esa necesidad se manifiesta en la producción de un deseo que, en la medida en que no es satisfecho, se acrecienta y acumula en el varón hasta llegar a un punto tal que debe vaciarse en una mujer. Ello lleva a los varones a conquistar y penetrar mujeres para satisfacerse y cumplir el mandato de la naturaleza.

El deseo es más fuerte que la voluntad del varón y muchas veces si no puede vaciarlo lo supera y aparece la animalidad, la irracionalidad. La animalidad es el origen del deseo y su consecuencia; lleva al hombre a descontrolarse. Por ello, el varón debe tratar de dominar al deseo para no ser presa de él; debe dominar su animalidad. En este punto el varón se ve enfrentado a la encrucijada clásica: o su voluntad domina al cuerpo, al deseo ("el instinto"), o se transforma en un animal y además peca. Ése es un punto de tensión permanente del hombre, que se da con distinta intensidad (Monick, 1994). Es particularmente difícil de vivir para los entrevistados de sectores medios altos. "El shock que se me produce en la adolescencia cuando un cura me encara oficialmente en el colegio y me dice: Bueno, la masturbación es un pecado y, en consecuencia, ahí está el confesionario" (*Juan Pablo, 38 años, medio alto*).

La parte del cuerpo que concentra el deseo es el pene, el "órgano", que tiene vida propia, y no necesariamente responde a la voluntad del varón. Muchas veces parece adquirir autonomía del

resto del cuerpo. Por ello se le describe como “el caballo encabritado”, “el niño travieso”, “el otro que tiene hambre”. “Cuando veía a alguien que me gustaba y empezaba a... [se mira la zona genital] a encabritarse el niño. Se entusiasmaba. Entonces, ahí empecé a darme cuenta y ahí terminé sabiendo por qué” (*Guido, 26 años, popular*). El varón, una vez que despierta al deseo y lo siente como una necesidad imperiosa, no lo deja de vivenciar hasta hacerse viejo, cuando pierde sus atributos de “hombre”.

A partir de la construcción de sus cuerpos e interpretación de sus deseos, los hombres construyen el mundo de los hombres y el de las mujeres. El mundo de los hombres, en relación a la sexualidad, transforma a los otros varones en competidores por la conquista de las mujeres, incluidas las propias: su amada, su madre, sus hijas. Ello le lleva a tratar de construir un cerco en torno a ellas para protegerlas de los otros. Pero, a su vez, su animalidad le podría incitar a incursionar dentro del cerco de otros varones.

El mundo de las mujeres, en cambio, distinguiría entre las mujeres amadas a ser protegidas y las otras. Las amadas son fundamentalmente la pareja/esposa, hijas y madre; con ellas hará y hace su vida, a ellas se debe, las provee, es su jefe de hogar. El deseo en la mujer amada estaría asociado al amor que siente por su pareja, “su” hombre. La mujer enamorada siente deseo por su enamorado y a él se entrega, con él hace el amor. El cuerpo de las mujeres amadas no estaría fragmentado, ni sería incontrolable. Es un cuerpo pasivo que reacciona ante el estímulo del varón. De allí que a los varones les produciría desconcierto el que las mujeres tomen la iniciativa en cuestiones sexuales y a la vez les impediría tener un papel más receptivo en la sexualidad con su pareja, aunque lo desearan. “Habitualmente tomo yo la iniciativa en el sentido de que siempre yo ando como... siempre yo como que tengo la necesidad puntual de satisfacción. Soy el más acelerado. Ella rara vez, pero sí, en ciertas oportunidades sí, pero soy yo más” (*Pancho, 27*

años, popular). “Bueno, la mayoría de las veces yo. Ella las menos de las veces” (*Clark, 42 años, medio alto*).

Las otras mujeres, en cambio, pueden ser objeto de conquista; con ellas no tiene “responsabilidades”. De allí que para conquistar y tener sexo con una mujer, que no es la enamorada, el varón debe hacerle creer que está enamorado de ella, seducirla, engañarla y pedirle pruebas de amor, especialmente tener sexualidad. Entre las otras mujeres están también aquellas que sienten deseos sin estar enamoradas y así lo manifiestan a un varón. Éstas serían las “fáciles”, tendrían “alma de puta”, serían enfermas; de ellas habría que desconfiar y tener cuidado. Asimismo, las putas forman parte del grupo, las que se dedican al comercio sexual.

Esta construcción genérica del mundo de las mujeres divide el mundo entre aquellas a las que se ama y protege —la mujer propia (esposa, pareja)— y las otras, que son objeto de su conquista, para poseerlas, gozarlas y dejarlas sin comprometerse. Con las primeras hace el amor, con las segundas tiene sexo. Distingue entre amor y sexo como ámbitos diferentes en la relación de hombres y mujeres; el hombre a la pareja estable le da amor, a la ocasional, sexo; para las primeras las reglas de la “caballerosidad”, para las segundas el ejercicio del poder, la “maldad”. Para el hombre, según la interpretación del modelo referente, amor y sexo son vivencias distintas.

El varón aprendió así a interpretar su cuerpo de varón (Sharim, Silva, Rodo y Rivera, 1996), el mundo de los hombres y las mujeres y a identificarse como tal en la calle, con los amigos en los espacios de que allí disponía.

En la convivencia con sus padres y en los aprendizajes en el colegio reafirmaron las enseñanzas de la calle. Para los entrevistados, según lo observado en sus padres, cuando éstos ya tenía hijos perdían el deseo y la actividad sexual. Pero aquellos que aún expresaban tener deseo, la sexualidad activa, el goce y el placer te-

nían lugar fuera del hogar, con otras mujeres. Como hijos, para muchos sólo les era visible la sexualidad activa del padre fuera del hogar, reafirmando los aprendizajes de la calle sobre el cuerpo y el mundo de las mujeres. Se podía poseer una mujer haciendo uso del poder que tiene el varón. Algunos aprendieron que un hombre puede forzar a una mujer a tener sexo cuando está en el ámbito de su dominio (empleada doméstica o dependiente), y también, que con dinero pueden tanto comprar sexo a una mujer, como obligar a tenerlo a su ex conviviente. “Aprendí lo que es la afectividad también, o sea el afecto sexual, lo que es el amor y lo que es el deseo, lo que es hacer el amor y lo que es tener una relación sexual, que es totalmente distinto. Porque cuando uno hace el amor ama a la persona con la que está en la cama y la respeta; en cambio, una relación sexual se puede tener con cualquiera y lo único que interesa ahí es satisfacerse, desahogarse” (*Alex, 24 años, popular*). “Bueno, después convencí a la M. de que tener relaciones era una cosa de pareja, o sea, la convencí, pero con amenazas, que si no tenía relaciones conmigo, yo las iba a tener con otra mujer, así que si andábamos pololeando era mejor que pasara entre los dos que pasara con otra” (*Roni, 21 años, popular*).

Entre los varones populares, la madre asexuada era la misma mujer admirada por casi todos ellos, que muchas veces sacó adelante el hogar, pese a la ausencia, violencia y/o alcoholismo de la pareja.

En muchos casos los padres de varones populares tomaron conciencia de la sexualidad activa de los hijos varones cuando éstos embarazaron a su pareja; embarazo bastante cercano al inicio de la sexualidad activa, en varios de ellos, especialmente en los entrevistados más jóvenes. Los padres de varones de sectores medios altos, en general, no se dieron por aludidos, salvo para advertirles que debían cuidarse para no embarazarse a sus parejas sexuales.

El colegio y, en el caso de algunos hombres populares, los hogares de menores e internados fueron también espacios asexuados; desconocían y/o no querían reconocer la sexualidad de sus alumnos varones y reafirmaron que el deseo y el placer de los hombres correspondían a lo prohibido, pecaminoso (colegios católicos tradicionales), oculto, vulgar; no digno de ser presentado y enseñado. El deseo y el placer en los hombres es algo pecaminoso, vulgar. “Aprendí solo, o sea, con el tiempo y con los momentos que se tienen, porque a mí en ningún momento en el colegio me dijeron: el sexo es esto o esto otro. Y yo con mis viejos tampoco nunca tuve una conversación” (*Guido, 26 años, popular*). “Incluso había un oficial que nos veía y decía que al matrimonio había que llegar virgen, era muy religioso, y ... resulta que revisaban las sábanas, que no estuvieran mojadas. Bueno, de hecho, al acostarse había un rito: teníamos que dormir en la posición mausser, una mano sobre el hombro y la otra afuera, la mano izquierda. Pero, pese a eso, tenía un compañero que tu sentías en la noche, llegaba a saltar, le daba como caja a la cuestión y me hacía reír mucho este gallo” (*Franco, 41 años, medio alto*).

A los varones más jóvenes, el colegio les enseñó que los hombres son lo que su genitalidad, el pene, representa. Los hombres tienen/son pene y se reproducen. Entre los varones populares mayores el colegio ni siquiera mencionó la genitalidad. Para los varones de sectores medios altos que estudiaron en colegios católicos, la sexualidad, el goce y el placer —fuese con el autoerotismo (masturbación) o con relaciones sexuales prematrimoniales— eran pecaminosos. El que se masturbara debía ir al confesionario, pues ofendían a Dios y a su cuerpo. “En el colegio, en un contexto de religión, donde masturbarse era pecado mortal... Para comulgar había que confesarse de eso, yo diría que uno se confesaba una vez a la semana, de haber hecho cosas malas: No debes hacer eso y bla, bla, bla, el Padre Nuestro” (*Pablo, 46 años, medio alto*).

Con ello, los niños/adolescentes reafirmaron que el mundo del deseo, de la sexualidad masculina, estaba en la calle; que correspondía a un espacio del poder, donde ellos podían y debían ejercerlo. Que la relación amorosa y el placer sexual eran vivencias que se tenían en espacios distintos, que no se debían confundir. “¿Dónde aprendí de sexualidad? O sea, por lo que conversaba con los chiquillos no más, con los amigos conversábamos, pero aprender, aprender, no. O sea, nació solo” (*Calo, 21 años, popular*). “Yo de sexo no he sabido mucho, y lo que yo he aprendido de sexo lo he aprendido en la calle” (*Andrés, 26 años, popular*). “Yo no recuerdo que alguien me lo haya explicado, sino que fui deduciendo respecto de conversaciones; más que de conversaciones, de bromas, de anécdotas, de tallas¹², o la cosa de doble sentido. Con el tiempo fui uniendo cosas” (*José, 30 años, medio alto*).

Sin lugar a dudas, los pares y los grupos de amigos fueron los agentes más recordados y con quienes tuvieron las vivencias más profundas en la formación de sus identidades heterosexuales y en la iniciación de su sexualidad masculina (Fuller, 1997; Villa, 1996). Las conversaciones, los juegos, las fiestas y las revistas están entre las situaciones más mencionadas. “Aprendí como uno aprende las primeras cosas, son las que has escuchado de tus compañeros de curso, que en vez de tener 12 años tienen 14, y que lo leyeron probablemente en *El Pingüino*, después en libros y en revistas” (*Alberto, 46 años, medio alto*).

Entre los varones más jóvenes se señaló además las películas en video y entre algunos mayores las prostitutas; las empleadas domésticas en los varones de sectores medios altos. “Total que nos entusiasmamos, el otro cabro estaba más entusiasmado que yo y fuimos los tres a una casa de prostitutas. Ahí yo creo que tuve la primera experiencia sexual. La tipa que me tocó a mí me ayudó,

12. Talla = broma.

así que no fue tan difícil, y la verdad pude saber cómo se hacía, me sentía más seguro, porque sabía como era el asunto” (*Hermano, 39 años, popular*).

La conciencia de su sexualidad (heterosexual) y de la interpretación que hicieron de ella fue reafirmada en sus vivencias iniciales del deseo y la sensación placentera que ello les provocó en los primeros pololeos y en el contacto físico con la polola, alguna amiga o vecina, entre los varones más jóvenes. Ese mismo hecho, entre los mayores, fue reafirmado más por el contacto con empleadas domésticas o con prostitutas. “Yo cacho que la primera vez que anduve con una mujer, la primera vez que agarré a una mujer a besos y toda esa onda, como que ahí empecé a sentir. Claro, al estar con ella, tenía que darle paso no más, que saliera no más, no dejarla ahí encerrada... que saliera no más” (*Coto, 28 años, popular*).

Los mandatos internalizados le señalaron al varón que el hombre es activo y penetrador; la mujer es pasiva y penetrada. Para el hombre, la mujer es su objeto de conquista, posesión y a veces de competencia con otros varones. Para el varón, el mundo de las mujeres es un campo a ser dominado, donde debe ejercer el poder que le da el hecho de ser varón. “Lo que se trataba con el grupo estaba más bien vinculado a la onda de la conquista, a la cosa de ser capaz de conquistar, de ir a una fiesta, de hacerte de una pareja para atracar¹³ en la fiesta, o tener una relación de una semana” (*Jonás, 33 años, medio alto*); “Había empleadas a las que le gustaban ciertos juegos, entonces uno sentía algo especial. Recuerdo que había una empleada a la que le gustaban ciertos juegos” (*Lisandro, 68 años, medio alto*).

13. Atracar = acariciarse, abrazarse, estrecharse, sin llegar al acto sexual.

Sexualidad y lazo amoroso

Pero esta forma de comprender el mundo, de la cual los entrevistados se sentían partícipes, y con la que en mayor o menor medida se identificaban, comenzó a entrar en crisis cuando establecieron un lazo amoroso con una mujer. El pololeo¹⁴ removió sus mundos, confundió la clara distinción entre amor y deseo y la división del mundo de la sexualidad y de las mujeres. No fue tan claro, a partir de ese momento, que amor y sexo fuesen espacios distintos; al contrario, a medida que crecieron, los varones descubrieron que amor y sexo podían ser inseparables; integraron el mundo de los afectos y del deseo, al menos con su pareja. Los hombres pueden amar y tener sexo con la mujer amada. Estas dos dimensiones, que en diversos momentos habían sido presentadas como mandatos diferentes y contrapuestos, las integra el pololeo y le permiten al joven varón entrar en la vida adulta. Aprendió, entonces, que el varón en la relación amorosa pone en juego sus sentimientos, aprende a conversar con la mujer amada, a intimar. “Un recuerdo bonito es con una niña que se llamaba G., con ella tuve hartos recuerdos bonitos, lo pasábamos bien, eso sería lo más bonito. Sí, estaba enamorado” (*Fabio, 25 años, popular*). “Mi polola¹⁵ era para darle besito y tocarla y las demás mujeres, como la vecina del frente, para hacerles la maldad... Y con mi polola yo sentía deseos de hacer el amor con ella, pero es que era algo sucio, no podía hacerle eso a mi polola. Y mi polola se aburría y fue donde otro pololo y ese otro huevón la hizo zumbiar. Ahí me di cuenta de que no era sucio, que era algo que tenía que existir, porque según yo el sexo es

14. *Pololeo* = tener una relación afectiva y relativamente formal de pareja, sin mayores compromisos.

15. *Polola* = persona que tiene una relación afectiva y relativamente formal de pareja, sin mayores compromisos.

importantísimo en la pareja. Aprendí que tener sexo y hacer el amor son cosas totalmente diferentes” (*Roni, 21 años, popular*).

El pololeo es una vivencia en la que el varón pone especial énfasis para que sea una relación digna, honorable y respetuosa con la mujer. El varón siente el mandato de que debe proteger a su polola de terceros que pudieran ofenderla. El varón es un caballero, debe respetar a la mujer amada, y a las mujeres en general. El pololeo y el inicio de la sexualidad activa fueron momentos especiales de socialización del varón. Aprendió a comportarse, y a sentir qué se espera de él como hombre. Este proceso permitió al joven varón afirmar su identidad masculina, darle sentido a su vida afectiva y sexual futura y a relacionarse con los otros. “Yo, cuando me di cuenta de que amaba a mi señora, polola en ese momento, fui capaz por ese amor no sólo de comprometerme a casarme, sino de terminar una serie de cosas que tenía que terminar. Sentí que me hacía hombre” (*Mauricio, 32 años, medio alto*).

El pololeo fue un aprendizaje para la futura vida en pareja, la convivencia y la formación de una familia. “Después del servicio militar volví pensando en empezar a trabajar, pololear un par de veces más y ahí más o menos de las últimas pololas sacar un modelo y buscar esa mujer. Claro, para asentarme ya. Salí como muy serio de adentro. Después me pegué la cachá y dije la cagué, que la cagué en casarme temprano” (*Maly, 28 años, popular*).

Pero para el hombre no es suficiente la experiencia del amor/sexo con la propia pareja para que deje de existir el deseo de posesión de otras mujeres. Su interpretación del deseo le señala su animalidad, el cuerpo se lo pide. La dicotomía ahora es amor/sexo en la pareja y sexo con las otras mujeres. El nuevo dilema se llama fidelidad. “He tenido parejas ocasionales, porque para mí lo sexual es muy fuerte, tengo pocas insuficiencias desde el punto de vista afectivo, casi ninguna; en cambio, desde el punto de vista sexual yo no creo que pudiera ser completamente monógamo,

independiente de la mujer con que esté casado" (*Pablo, 46 años, medio alto*).

De su pareja/esposa estimaban que ella conocía su cuerpo y su ciclo menstrual, que sabía cuándo podía quedar embarazada. La mujer conocía y estaba advertida que el deseo en el hombre es irrefrenable, por eso regulaba la sexualidad con el amado: en qué momento tener relaciones sexuales y con qué frecuencia. La mujer, de alguna manera, podía anticipar cuándo tener relaciones sexuales; por lo tanto, los varones esperaban que ella se cuidase de un posible embarazo, porque la mujer es la que se embaraza; ella es la responsable. "De hecho, nunca he usado preservativo, para darte un ejemplo. Yo siempre he pensado que ellas tienen el control de ese punto" (*David, 43 años, medio alto*). "Yo no hago nada, ella lo hace, ella está con tratamiento" (*Charly, 48 años, popular*).

Los varones estimaban que la mujer que amaban sólo tenía sexo con él (esposa/conviviente, polola), lo mismo sucedía con sus enamoradas (amantes), aunque él no estuviese enamorado. De éstas no había que cuidarse, no tenían enfermedades sexuales, no eran portadora de ETS, salvo que él las hubiese contagiado, pero como no tenía sexualidad con mujeres que anduvieran con otros varones, eso no sucedería. De las otras mujeres, aquellas cuyo deseo no nace del amor, que tienen relaciones sexuales con cualquier hombre, había que desconfiar y cuidarse de contraer una ETS. De los posibles embarazos se debían cuidar ellas; aunque en algunos casos podían perjudicar al varón adjudicándoles el embarazo.

Por ello, una de las consecuencias más graves de esta sexualidad aprendida fundamentalmente en la calle, fue la falta de precauciones para iniciarse y mantener relaciones sexuales. Los varones eran conscientes de las posibles consecuencias de su actividad sexual (Olavarría y Parrini, 1999). Pese a que la posibilidad del embarazo estaba ya presente en el aprendizaje, y que las enferme-

dades de transmisión sexual no eran un secreto, prácticamente ningún varón hizo uso de anticonceptivos y/o preservativos. Sólo después del inicio de la vida sexual activa los jóvenes varones comenzaron a pensar en tomar precauciones, pero no se transformaron en prácticas —en ellos como varones—, sino en transferir esas responsabilidades a la mujer; ella era la que se tenía que hacer cargo de las consecuencias de su sexualidad. "En ese momento no, no nos preocupamos de nada... Después nos preocupamos de eso, eso sí, pero no pasó susto, no creas, no sé si habrá estado en su fecha, qué sé yo, porque ella tiene su período, que yo no entiendo mucho, pero ella sí. Ya después..." (*Guido, 26 años, popular*).

Entre los varones populares, en general, al poco tiempo de la primera relación sexual comenzaron la sexualidad activa. En promedio, a cuatro años de iniciada ésta tuvieron el primer hijo los más jóvenes (menores de 30 años) y a seis el conjunto de ellos. En ese momento comenzaron a convivir con una mujer, que en muchos casos fue la madre de ese hijo. "Empezamos a pololear cuando ella vino para acá. Antes, prácticamente por carta y por teléfono también. Fueron como dos o tres meses. Después ella se vino para acá. Pololeamos como un año, yo cacho. Ella quedó esperando y yo no la iba a dejar botada, tenía que hacerme responsable" (*Yayo, 26 años, popular*). No había en ellos un proyecto de formar una familia en ese momento, no lo habían pensado como una cuestión tan próxima, pero igual se hicieron cargo de la situación, no del embarazo de la mujer, pero sí del niño/a que nació como consecuencia del embarazo. Eran hombres y tenían que actuar como tales; por lo tanto, se emparejaron y comenzaron a convivir con su pareja. Pese a la edad que tenían, la falta de un oficio, la precariedad de sus trabajos y la inexistencia de ahorros previos, fueron a vivir con su pareja embarazada, muchos como allegados de algún familiar. De los jóvenes entrevistados, una proporción importante sigue aún viviendo como allegados.

Otros hombres populares, que mantuvieron relaciones sexuales ocasionales, con mujeres “fáciles” o a las que engañaron, no supieron y/o no quisieron saber de posibles embarazos de éstas; ése no era su problema, era de la mujer; ella debía cuidarse y asumir las consecuencias. Según los relatos, a algunos de ellos les señalan hijos que ellos no reconocen. “No, ocasional, ocasional, en ningún momento se planificó, fue ocasional. No me cuidé. No. Y ahí uno no tiene mucha conciencia de lo que puede ser un problema de orden sanitario. ¿Si me preocupé del embarazo? No, para nada” (*Pancho, 27, años, popular*).

Entre los varones de sectores medios altos, desde su primera relación sexual hasta que tienen su primer hijo pasaron —en promedio— doce años, tres veces más que en el caso de los hombres populares jóvenes, y dos veces más que en el conjunto de ellos. La actividad sexual de los varones de sectores medios se inició —en promedio— un año después que la de los populares, pero su intensidad fue mucho menor. Para muchos de ellos, la vida sexual activa se inició de hecho una vez que comenzaron a convivir, en su mayoría con matrimonio legal. Y en promedio, cuatro años después que se casaron tuvieron recién su primer hijo. Al momento de iniciar la convivencia estos varones eran profesionales, tenían trabajo estable y ellos, con sus parejas, habían decidido previamente constituir una familia y casarse.

EL TRABAJO: PROYECTOS DE VIDA, AUTONOMÍA Y SACRIFICIO

El trabajo es un ámbito de la vida de los varones al que es posible acceder sin gran dificultad. Los hombres se sienten cómodos, les agrada hablar del trabajo, indicar lo que saben hacer, sus destrezas; contar sus historias laborales. Se acuerdan con bastante precisión de sus primeros trabajos y de su trayectoria; en general se sienten orgullosos de dar a conocer a otros su calidad de “trabajadores”.

Este es un campo en que, según sean las condiciones de vida de cada cual, expresan sentimientos abiertamente: éxitos y fracasos; esfuerzos, sacrificios y logros obtenidos. Los relatos, en general, muestran un lenguaje diverso sobre experiencias y especialidades, sin doble sentido, “honorable”, que no requiere de silencios ni gestos corporales para darse a entender. Es exactamente lo contrario a lo observado en las narraciones de sus experiencias en torno a la sexualidad, donde se sienten incómodos, el lenguaje es reducido, hacen uso de palabras consideradas inapropiadas por ellos mismos (“las cochinas”) y las experiencias personales, especialmente con la pareja, son mantenidas en la mayor intimidad.

Las investigaciones en torno a varones que se han efectuado en los últimos años muestran que el trabajo, según la masculinidad dominante, es un paso fundamental en el camino del varón adulto. Es uno de los pilares sobre los que sostiene el lugar de hombre en su núcleo familiar, especialmente a través de la paternidad que consagra la relación del varón con su mujer e hijo/s como jefe del hogar, establece la subordinación de los otros miembros de su familia y permite un orden familiar que cuenta con respaldo legal (Olavarría, 2000c).

El mandato de trabajar está presente en los hombres y es, en gran medida, compartido por los varones entrevistados, cualquiera sea su edad o condición social; aunque se encuentran diferencias notables en cómo se interpretan y vivencian cuando se trata de varones de sectores populares o de nivel medio alto.

Cualquiera sea la condición del varón, trabajar remuneradamente forma parte de su identidad de hombre adulto; para ello se preparan y son socializados. Forma parte de su subjetividad, desde que tienen conciencia. Los otros/as esperan, asimismo, que los varones trabajen.

El trabajo es uno de los componentes fundantes de la identidad masculina adulta; constituye el núcleo de su respetabilidad

social: el hombre "es" del trabajo y éste a su vez "hace" al hombre. "Para mí el trabajo es algo bastante cercano a la esencia de uno. No me imagino mucho una vida sin trabajar, no podría concebir cómo estructuraría mi vida" (*Pablo, 46 años, medio alto*). "Uno está estudiando y no tiene preocupación de nada. Al entrar a trabajar tiene la responsabilidad de vestirse, de dar plata en la casa, en ese momento uno viene siendo hombre" (*Charly, 48 años, popular*). "Creo que es lo más importante que hay, fundamental; el trabajo en la vida, a diferencia de lo sentimental, es algo como permanente" (*Lisandro, 68 años, medio alto*). Trabajar es uno de los mandatos que distingue al varón en la masculinidad hegemónica, junto a la heterosexualidad y la paternidad.

Tener trabajo y trabajar remuneradamente hace "sentirse vivos" a los varones, cualquiera sea su condición de vida, populares o sectores medios altos. Es lo "natural". Según los testimonios, no tenerlo le hace perder el sentido a su vida, le frustra. "No me gustaba estar sin trabajo, porque yo soy igual que mi viejo, que me gusta estar haciendo algo" (*Chano, 22 años, popular*).

Trabajar da recursos al varón

Para los varones sus recursos de poder y autoestima mas conscientes están sustentados, en gran medida, en el trabajo que ejercen. El trabajo les da recursos: prestigio, poder y autoridad; les permite tener dinero y el poder que da el dinero; ser proveedores, cumplir con sus responsabilidades de varón con la familia y decidir sobre sus vidas y las de los suyos; con trabajo su opinión es como la ley en el hogar. "Sin trabajo, si yo opino, es como si hablara el perro; trabajando, si opino, es como la ley" (*Darío, 25 años, popular*). "Es rico porque te puedes comprar las cuestiones que quieras, tienes plata cuando quieras. Y sales de tus deudas" (*Fabio, 25 años, popular*). "Para mí el trabajo significa estar vivo. Tengo una motivación

muy fuerte de hacerlo bien. Yo trabajo por plata, por poder y qué sé yo" (*Mauricio, 32 años, medio alto*). "El trabajo es independencia, entretención, autonomía. Sirve para mantener a la familia" (*Clark, 42 años, medio alto*).

Con el trabajo surge el varón y su familia; les permite servir a los otros, ser útiles. Les hace sentir orgullosos, respetables. Su mujer, sus hijos y los otros adultos les respetan porque trabajan, el trabajo les permite ser proveedores de la familia. "Tengo que trabajar yo, porque detrás de mí hay dos personas que dependen de mí: mi señora y mi hija" (*Lino, 29 años, popular*). "Ésa es la obligación de un hombre, trabajar, para sustentar a su familia, y lo hago con gusto, porque tiene que ser así" (*Cano, 36 años, popular*). "Pasa a ser una responsabilidad, un poco conmigo, con mi familia, con los dueños del negocio; un poco por necesidad. Y con los empleados, pues yo soy el gerente de la empresa..." (*Alberto, 46 años, medio alto*).

El trabajo remunerado como actividad principal del varón, que según el mandato referente de masculinidad le debería permitir ser el proveedor exclusivo, reafirma la distinción entre mundo doméstico y mundo público y establece un corte tajante en la realidad social, asociada con la diferenciación sexual: los hombres en el trabajo, la calle y las mujeres en lo doméstico, la casa. El modelo dominante lo interpreta como si fuera una constante universal de la organización social y a partir de esta construcción impregna de sentido a las relaciones de género, entre hombres y mujeres. Trabajar remuneradamente para el varón tiene sentido, porque lo hace en función de su mujer e hijos y le permite obtener (o debería) los recursos necesarios para asentar su autoridad y prestigio, así como dinero para proveer a su núcleo familiar.

El mundo social interpretado desde esta perspectiva reproduce la familia nuclear patriarcal, que ideologiza el trabajo productivo remunerado y establece la separación entre la casa y el trabajo.

jo y los define como espacios exclusivos y excluyentes para hombres o mujeres. Este tipo de familia paradigmática es idealizado como modelo normativo especialmente en el siglo xx, como "la familia, y el trabajo del varón permite su sustento material. "Significa servir, ser útil, tener una base; una base de apoyo económico para subsistir con mi familia, o sea, una seguridad. A eso voy yo, que no le falte nada a mi hijo, a mi señora; el alimento, el vestir" (*Alex, 24 años, popular*). "Trabajar para mí es lo más grande porque así yo puedo, cuanto se llama, lucrarme personalmente, puedo alimentar a mi familia, puedo aspirar a comprar o desarrollarme como padre. Me ha dado un montón de satisfacciones y más aún porque trabajo en forma independiente, eso es más encachado todavía" (*Pancho, 27 años, popular*).

El trabajo remunerado, así, es la actividad principal para los varones y toda otra actividad tiende a ser minusvalorada en función de ésta, especialmente las que se hacen en el hogar. El trabajo es una actividad que los varones ejercen más allá de la casa, en la calle, el espacio público; el varón es de la calle, del trabajo. La casa no es un lugar que le acomode para permanecer, la casa es el espacio de la mujer. Sin trabajar el hombre se aburre, necesita trabajar; le gusta trabajar. "Yo encuentro que trabajar es más rico que estar acá en la casa" (*Fabio, 25 años, popular*). "Me aburro, no puedo estar sin hacer nada, no me hallo sin hacer nada" (*Coto, 28 años, popular*). "Para mí trabajar significa hacer algo; mira, la persona no puede estar sin hacer nada, el hombre no es de la casa, es de la calle, del trabajo" (*Héctor, 29 años, popular*). "Es una forma de no aburrirse, es algo que te llena la vida. No sé, cuando no estoy trabajando, no es por pose, pero me aburro mucho en la casa" (*José, 30 años, medio alto*).

Trabajar genera sentimientos encontrados en los varones; por un lado, les permite valorizarse, gratificarse en lo que realizan, es un espacio de sociabilidad, de reconocimiento por otros de lo que

él es. Con el trabajo sienten que crean, generan riquezas, hacen obras, se realizan, se sienten vivo. Más allá del ingreso que perciban, según los relatos, el trabajo dignifica al hombre y le da gratificaciones personales. Significa trascendencia, es un espacio donde pueden aprender, reconocer sus capacidades, gozar de lo hecho, sentirse a gusto con la labor que desempeñan. "Para mí trabajar es como lo primordial, porque del trabajo uno subsiste, puede uno aprender, en el trabajo tiene amistades, la verdad es que en la actualidad la persona que trabaja es una persona activa" (*Coto, 28 años, popular*). "Para mí es bonito trabajar, porque ya sabe uno valorizar lo que vale. Si uno no tuviera un trabajo, en ningún lado sabrían lo que uno vale" (*Lucio, 29 años, popular*). "Trabajar es gratificante" (*José, 30 años, medio alto*). "Me gusta, es gratificante profesionalmente" (*Pablo, 46 años, medio alto*).

Por otro lado el trabajo es visto, especialmente por los varones populares, como una obligación, una imposición, algo que deben hacer y va más allá de su propia voluntad. Forma parte de su identidad. Es así que no se trabaja por el gusto al trabajo, aunque para algunos puede ser especialmente gratificante; se trabaja porque se debe hacer. Es un sacrificio que debe asumir el varón, y le permite, según algunos, tomar conciencia de lo que es ser hombre. "Trabajar significa una obligación para tener mis cosas, para mi hija, para sobrevivir" (*Calo, 21 años, popular*). "Significa sacrificarse harto, darse cuenta de lo que cuesta ganarse la plata, alimentar a una familia ahora que estoy casado" (*Chano, 22 años, popular*). "Lo hago porque estoy absolutamente necesitado de mantener a mi familia" (*Juan Pablo, 38 años, medio alto*). Es una carga dura cuando no gusta, pero igual hay que hacerlo" (*Eugenio, 45 años, sector medio alto*). "Al principio me gustaba, pero después es una necesidad" (*Carlos, 56 años, popular*).

A diferencia de los espacios de la sexualidad y la paternidad, el trabajo es donde se puede observar con mayor facilidad cómo se

generan las inequidades de género en el interior de los propios hombres y por supuesto se refuerzan entre hombres y mujeres. El referente de la masculinidad es común, en general, para el conjunto de los varones entrevistados y señala los mandatos que deben ser observados y reproducidos, así como los sentidos que tiene el trabajo, especialmente los adultos. Pero las vivencias, los sentidos subjetivos, las prácticas y las posiciones alcanzadas por los varones difieren de manera muy importante según sean los recursos, especialmente económicos y culturales, que estuvieron/están a su disposición. El trabajo, en este sentido, es un articulador de primera importancia entre género y clase.

Proyecto de vida y trabajo

Uno de los aspectos que más distingue al varón es la percepción de lo que ha sido su vida y futuro, a partir de la realidad que vivió según sea su origen familiar y las condiciones en las que se crió y creció. En este espacio de su vida el trabajo es fundamental.

Los recursos materiales y las condiciones culturales durante la infancia y adolescencia de los varones definieron en gran medida, entre los entrevistados, las proyecciones y aspiraciones que sus familias —especialmente los padres o la madre, cuando no hay padre— y ellos mismos hacían de sus vidas. Los varones cuya familia de origen era popular, con recursos económicos y culturales precarios, tenían limitaciones en la percepción y construcción de su futuro y se les presentaba una constante tensión entre estudio y trabajo a partir de la adolescencia, pues las aspiraciones por una mejor calidad de vida estaban limitadas por la disponibilidad de recursos materiales que lo permitían y la educación formal no era una respuesta inmediata a esas necesidades, según lo señalaron varios. No sucedió así con aquellos varones de sectores medios alto, cuyo origen era una familia con una amplia gama de recur-

sos económicos y culturales, en que la construcción de proyectos de vida posibles estaban presentes desde que tenían conciencia y articularon estudio y trabajo a partir de una inversión importante en estudios formales que se expresó, en el mediano plazo, en trabajos acordes con su nivel de vida y prestigio social.

Es así que, en general, los jóvenes populares iniciaron su adolescencia con mucha incertidumbre acerca de su futuro y sin un proyecto de vida claro, por falta de recursos en la familia. Habían recibido, en muchos casos, afecto, pero escasos elementos que los orientasen en la conformación de una vida adulta y, algunos, habían padecido violencia y padre(s) alcohólico(s). Una cierta proporción fue criado sólo por la madre, el padre los había abandonado y sentían la falta de la figura paterna en la preparación a la vida adulta. Además, la acción paterna y/o materna tenía un límite en la pobreza o escasez de medios para “pagar” un futuro, financiar estudios o una preparación laboral más sofisticada que les permitiese acceder a trabajos mejor remunerados. Esta limitación familiar se transformó en un desafío que recayó en el joven: intentar construir una vida de mejor calidad y mayores condiciones materiales que la de sus padres. El futuro se lo forjó, en cierta medida, él mismo, pero dependió y depende en parte importante de lo que la “vida le depara”, o “Dios quiera”, o sea, aquellas circunstancias que estaban/están más allá de su control.

Los padres de los varones de sectores populares entrevistados se habían planteado, en general, aspiraciones y deseos con respecto al futuro de sus hijos y algunos se esforzaron para que se concretasen, pero en muchos casos las expectativas, sus condiciones de vida y las circunstancias impidieron que esas expectativas se realizaran. “Que sea un hombre de provecho, de familia y algo que casi todo el mundo quiere de sus hijos. Grandes planes no sé si mi mamá tendría para mí o no, nunca me comunicó. Pero ella siempre me incentivó a que yo planeara mi vida y que me la jugara por ser

un hombre digno, por tener un buen trabajo... Me lo dijo: Pucha, yo ya no puedo hacer más por ti, no te puedo pagar una carrera, no te puedo pagar nada más; ahora lo que viene, viene de tu parte, tú tienes que hacerlo, tú tienes que forjarte un futuro mejor, y yo creo que esos eran los planes" (*Cristián, 26 años, popular*).

A medida que crecieron, una proporción mayor de los adolescentes/jóvenes de sectores populares comenzó a asumir responsabilidades de proveeduría con sus familias; sea porque ellos mismos querían hacer aportes y tener su propio dinero o porque los padres/madres les hacían ver que debían cooperar con la manutención de su familia. Se inició así una doble jornada, especialmente para los adolescentes, que debía combinar el estudio con el trabajo ocasional imponiéndose, finalmente en muchos, la actividad laboral. "¿La adolescencia? Pocas ganas de estudiar tenía yo, más bien ganas de trabajar, de independizarme, ganas de pololear harto, de olvidarme de todo. Bueno, por ahí fui un fracaso en los estudios. Lo hice estudiando y trabajando, empecé con contrato y toda la onda; a los 16 años ya empecé con contrato. Y fracasé en el colegio por el mismo hecho de trabajar en la mañana, llegar cansado; ducharse más que rápido en el trabajo, venirse al liceo y llegar cansadísimo, recién de una jornada de trabajo; pocas ganas de estudiar, y bueno ahí poca dedicación al estudio, más que nada deseos de descansar y puras ganas de que tocan el timbre para irme para la casa" (*Alex, 24 años, popular*).

El trabajo normalmente precario y el inicio temprano en la sexualidad activa señalaron al joven que ya era un adulto, pese a la escasez de recursos económicos, a una educación limitada sin capacitación laboral y a una autonomía muy relativa de su núcleo familiar. En este contexto, una proporción importantes de varones fue "sorprendido" por el embarazo de sus parejas siendo aún adolescentes. El embarazo de la polola, la mujer a la que se amaba y respetaba, les permitió a muchos jóvenes definir por primera vez

un proyecto de vida, formar su propio núcleo familiar, emparejándose con una persona que se quería, alejándose de la calle y del grupo de pares. Su vida se estructuró, adquirió sentido; el embarazo fue vivenciado como una posibilidad de cambio personal e implicó responsabilidades y desafíos que debió enfrentar. El trabajo del varón, aunque precario y con ingresos insuficientes para mantener su núcleo familiar, posibilitó reconocer la paternidad del hijo que estaba por nacer o había nacido, convivir, muchas veces como allegado, y quizás casarse. "En mi caso, yo no lo vi como error. Se hizo con amor, se hizo con cariño, y después yo asumí... yo la quería a ella. Nos queríamos y nos casamos y todavía estamos juntos" (*Carlos, 23 años, popular*). "Después de haber tenido relaciones sexuales por un período más o menos de un año y medio, ella me manifestó que no le había llegado su período menstrual y que posiblemente estaba embarazada, yo lo tomé con mucha alegría y ... me entusiasmé al tiro, pensé en una cuna, en la ropa que había que comprarle, me puse contento, quería saber el sexo al tiro" (*Cristián, 26 años, popular*).

Los varones de sectores medios altos, por el contrario, desde niños tenían cierta certeza en cual sería su trayectoria de vida. Los padres, familiares, el colegio y ellos mismos habían proyectado la vida como un libreto que debía ser cumplido. En la niñez, la adolescencia y los primeros años de la juventud adulta debían dedicarse a estudiar, prepararse para la vida, adquirir una profesión que les diera autonomía, les permitiese al menos mantener la calidad de vida de sus familias de origen y en lo posible superarla; luego casarse y finalmente ser padres y constituir una familia, en la que fuesen su proveedor y autoridad. Los padres de los varones entrevistados de este sector entregaron a sus hijos orientaciones de futuro para la construcción de su propia vida. No sólo les indicaron planes específicos que esperaban pudiesen realizar, sino que pusieron a su disposición recursos y les entregaron las señas de un

proyecto de vida que dependía, al menos a primera vista, de la propia voluntad y deseo del varón adolescente/joven. Apparentemente no hubo una imposición autoritaria de trayectos u opciones personales, sino que se plantearon perspectivas de vida. A los hijos se los veía estudiando y luego profesionales, con buenos trabajos e ingresos acordes; se les incentivó al estudio en vez de al trabajo —salvo que éste fuese una experiencia complementaria y ocasional en algunos— y a evitar el matrimonio temprano. Se estimaba, por los padres, que en la adolescencia y primera juventud los hijos debían adquirir las capacidades para asegurarse un futuro próspero. “Que fuera profesional, siempre lo quiso, que yo estudiara lo que quisiera, y siempre me recaló eso. Me iba a ayudar en lo que fuera. Y que fuera una persona de bien” (*Daniel, 22 años, medio alto*). Este mismo trayecto, o guión, ha sido vivido por varones mayores. “Uno camina por rumbos muy estructurados, por lo menos en mi caso personal, colegio de curas, universidad católica, profesión, matrimonio. Una ruta muy estructurada, muy clara, que había que seguir, casi sin mayores cuestionamientos, y ... bueno, he ido desarrollando a lo largo de todos estos años mi profesión, he ido consolidando una situación económica relativamente estable, de ninguna manera exitosa, pero por lo menos estable y he tenido al final de esto tres hijos de los que me siento satisfecho, porque he podido responderles, educarles, darles un adecuado nivel de vida; nunca les ha faltado nada” (*Juan Pablo, 38 años, medio alto, abogado*). “Apenas terminé, quedé trabajando en la universidad y, bueno, a los dos años de aquello, no, a los tres años, me casé [después tuve una hija]” (*Clark, 44 años, profesor universitario*).

De allí que para los varones de sectores medios altos el embarazo de su pareja mientras estudiaban significaba muchas veces, contrariamente a lo que sucedía con varones de sectores populares, poner en riesgo su proyecto de vida —el que sus padres habían

estimulado—, porque deberían trabajar, arriesgando así severamente la posibilidad de seguir estudiando para obtener una profesión que les generase recursos suficientes, manteniendo su posición social y calidad de vida. Cuando se presentó un embarazo, éste provocó un “desastre” familiar. El embarazo inesperado del adolescente/joven afectó no sólo al varón, sino también a su familia. “La reacción primera [fue] de dramatismo: ¡Putá, van recién en primero, les quedan cuántos años por delante, se cagaron la vida!” (*Martín, 23 años, medio alto*).

La incorporación al trabajo remunerado

El ingreso al mundo laboral a una temprana edad fue la característica común de los varones de sectores populares entrevistados¹⁶. La incorporación al mundo del trabajo en la niñez o adolescencia hizo sentir a los varones que asumían los mandatos sociales que señalan que los hombres son del trabajo. En general, cualquiera fuera la edad que tenía el entrevistado al momento del estudio, su inicio reafirmó lo anterior. “Como a los doce años ... empecé porque quería tener mi plata y eso me llamaba la atención. Y bueno, uno cuando trabaja, como dicen, uno le toma el amor a la plata” (*Calo, 21 años, popular*). “Decidí trabajar, porque había que pagar arriendo, el agua, luz, comer y vestirse ... había que ayudar a mi madre” (*Fernando, 33 años, popular*). “Empecé porque necesitaba plata, tenía la edad en que me dio por empezarme a vestir, éramos pobres, andaba todo parchado y veía a los otros cabros que trabajaban y andaban un poquito más arreglados, tenían para comer bien. En la casa no había para comer. Yo me sentía responsable, tenía una plata y podía hacer lo que quería hacer, ayudarle a

16. La mayoría de ellos empezó a trabajar remuneradamente antes de los quince años, varios antes de los trece, situándose en el rango de 9 a 17 años.

mi mamá. Fue una responsabilidad que asumí" (*Charly, 48 años, popular*).

Pero para algunos iniciarse en el trabajo a edad temprana no fue fácil. Sentimientos encontrados se encuentran en sus testimonios. Sintieron por un lado que hacían algo indebido, que no correspondía a su edad y la actividad que ejercían les provocaba molestias, pero por otro les mostraba que podían aportar a sus familias, que les daba cierta importancia en el hogar y algún grado de autonomía. "Empecé a trabajar a los once años. Vendía pan amasado, eso fue cuando estuvieron flacas las vacas. Al principio me daba mucha vergüenza andar vendiendo pan amasado, porque yo me iba a meter a vender a las fábricas, a los trabajadores. Al principio me sentía denigrado, incluso cuestionaba muchas cosas, decía: ¿Por qué tengo que andar haciendo esto? Creo que era por mi calidad de niño. Después no me daba vergüenza" (*Negro, 33 años, popular*). "Tendría sus 12, 13 años. Salía a vender confites, dulces, chicles. Me acuerdo que incluso con otro amigo nos subimos hasta en micro¹⁷. A mí me daba vergüenza ... andar vendiendo en una micro así cachai, una cuestión re' loca" (*Jano, 35 años, popular*).

Sus vivencias en los primeros trabajos, muy precarios, les dio la sensación de autonomía y dignidad, de libertad e independencia. Con el dinero que recibían se sintieron importantes, tomaron conciencia del poder que daba poseerlo; les permitió costearse algunos gustos que no podían darse antes, ya sea porque la familia no tenía los recursos suficientes o porque a ellos les incomodaba pedirle a los padres más de lo que se les estaba dando; ya no eran una carga; además, comenzaron a colaborar en parte con los gastos del hogar, entregándole dinero a sus madres y/o comprándoles mercadería, haciéndose cargo, en alguna medida, del papel de

17. *Micro* = bus urbano de pasajeros.

proveedores. "Ah, me sentí más digno. Porque empecé a tener ropa, a tener plata en los bolsillos, me sentía con un poder, pero también una tranquilidad, que si faltaba algo yo ahí estaba, era un aporte más para la familia, y me sentí tomado en cuenta también, en una familia numerosa me sentí como que era yo uno más, antes no, antes era el niño no más, el que vivía ahí, estudiaba y jugaba, pero no sentía como que era un aporte" (*Andrés, 26 años, popular*). "Me sentía bien porque, por ejemplo, yo llegaba a mi casa, le daba plata a mi abuela, o le compraba pan a mi abuelo, le pasaba el diario¹⁸. Me sentía bien, tenía plata, podía comprar lo que quería, podía comprarme cosas, dulces, cuestiones de cabro chico" (*Héctor, 29 años, popular*). "Me sentí como cuando gané un primer premio en el colegio y me dieron veinte pesos; en ese tiempo me acuerdo que le pasé los pesos a mi mamá, me sentía, no sé, ¡tan capaz! Tome mamá, aquí tiene veinte pesos ¡Veinte pesos!... me sentía satisfecho porque iba a estar ayudando en la casa" (*Loco Soto, 69 años, popular*).

Entre los varones más jóvenes y varios de los mayores la incorporación al mundo del trabajo nació, según los entrevistados, por iniciativa propia; fue una decisión autónoma y la sintieron y siguen sintiéndola como una de las primeras iniciativas significativas que ellos tomaron: trabajar. No recuerdan presiones explícitas familiares, pese a las carencias que había en sus hogares. "Empecé a los 5, 6 años más o menos. Me hice un carrito con unos rodamientos y me ofrecía casa por casa para botar la basura. Me alcanzaba para pasarle a mi familia, a mi mamá y para andar yo con mis bebidas, mis pasteles y mis fichas para los videos, taca-taca y toda esa onda. Comencé por iniciativa propia. Me motivó el tener plata y darle a mi mamá; eso yo creo que era lo más impor-

18. El "diario" en lenguaje popular corresponde al dinero que se utiliza diariamente en los gastos de alimentación de un hogar.

tante, darle a mi mamá, comprarme mi ropa y comprarme mis utensilios escolares, mis cuadernos, mis pantalones, mis zapatos” (*Alex, 24 años, popular*). “Empecé por la necesidad que había en el hogar, porque, claro, era mi madre no más la que le ponía el hombro” (*Hermano, 39 años, popular*).

El trabajo de los adolescentes jóvenes en muchos casos fue un requerimiento en la sobrevivencia del núcleo familiar. Para iniciarse no fue necesario que hubiese alguien que lo señalase. Fue sentida como una reacción casi espontánea, responsable, y una forma de demostrar cariño, solidaridad y madurez, especialmente a sus padre/madre. Ello sucedió en las distintas generaciones de varones entrevistados. “Si hubiese estado mi papá no hubiese sido tan necesario que yo empezara a trabajar, simplemente me hubie-ra dedicado a estudiar” (*Yayo, 26 años, popular*). “Yo creo que ellos nunca estuvieron de acuerdo en que yo lo hiciera, sino que lo hacía porque cachaba la necesidad. Mi hermano ayudaba a mi mamá a las cuatro de la mañana, yo era más chico. Él después tenía que irse a estudiar en la mañana, a las ocho entraba al liceo. Entonces mi papá salía a repartir el pan a negocios. Yo repartía el pan de la tarde, llegaba del colegio y vendía pan en la tarde a los trabajadores. Lo hacía para que hubiera más plata; quería cooperar. Era como que cada uno ponía su cuota de ayuda” (*Negro, 33 años, popular*). “Lo hice porque yo quise. Mi papá nunca me dijo nada. No quería incluso que yo trabajara. Pero me gustó, sí, cuando yo le di plata a mi mamá” (*Choche, 50 años, popular*).

Una proporción importante de los varones populares entrevistados abandonó el colegio antes de terminar sus estudios, especialmente entre los mayores. Algunos trabajaron mientras estudiaban, otros dejaron el estudio después de haber trabajado durante un tiempo. Pese a que, en general, sentían que no eran malos estudiantes, que podían tener un mejor rendimiento escolar, decidieron dejar el colegio —desertar—, porque una actividad remunera-

rada les permitía lo que ellos buscaban: aportar a su casa, ser más independientes, manejar su propio dinero, asumir responsabilidades de varón adulto y ser tratados como tales. Les era más atractivo. El colegio, en cambio, según muchos de ellos, no les reportaba los beneficios inmediatos que sí les ofrecía el trabajo, generalmente informal¹⁹. “Comencé como a los 14 años. No podía estudiar más; mi viejo ya no daba más como para mantenernos y que pudiéramos comer; encima éramos tres, así que preferí trabajar. Entré a trabajar en construcción, ahí estuve con jornada amplia y conociendo el rubro de la construcción, ahora soy carpintero” (*Claudio, 26 años, popular*). “De primera no les gustó mucho que dejara de estudiar, porque no querían que yo trabajara, pero el que tiene que tomar la decisión es uno, tiene que tener un porvenir, porque si no habría estado viviendo a costa de sus espaldas, y así no. Así yo solito empecé” (*Lucio, 29 años, popular*).

En este sentido, el colegio se presentaba más como una barrera que como una respuesta a su búsqueda por lograr ser un varón adulto. La educación formal no representaba para muchos de ellos, en ese momento, una posibilidad real para lograr su autonomía ni incorporarse a un trabajo mejor al que obtenían abandonando sus estudios. Seguir estudiando o desertar no tenía consecuencias en su futuro.

Varios varones, que pudiendo seguir estudiando no lo hicieron, indicaron con el tiempo que no fue una buena decisión; los limitó. Algunos con posterioridad terminaron sus estudios de enseñanza básica y/o media, por requerimientos de sus propios tra-

19. Los trabajos que realizaron en esa etapa de sus vidas fueron los de ayudante en oficios de la construcción, fletero con carretón en las ferias libres, vendedor de feria libre, ayudante de bodeguero, en trabajos agrícolas, limpiador y cuidador de automóviles, aseador de casas particulares, empaquetador de supermercado, mensajero, vendedor de helados, jardinero no calificado, estafeta en oficina.

bajos o para acceder a mejores puestos. Unos pocos estaban estudiando en universidades o en institutos profesionales una carrera profesional.

Para algunos, el hecho de que los amigos del grupo de niños/adolescentes comenzaran a trabajar fue un impulso para iniciarse en el trabajo; si lo hacían los otros por qué ellos no lo podían hacer. Los varones, cualquiera sea la edad, son evaluados por los otros varones y de ello depende su aceptación como un igual. El mandato, en cierta medida, les obligaba. "Yo empecé a trabajar a los 12 años. Porque quería, iba a la feria a hacer fletes; a mi papá no le gustaba, no le gustaba que yo fuera a hacer fletes, pero yo quería ir, porque mis demás amigos iban, así que yo también tenía que fletar, ¿cómo ellos sí y yo no?, na' que ver la huevá. Al final la plata la ocupaba no en huevadas²⁰, toda la plata que hacía en la mañana, compraba una sandía, llegaba a la casa con una sandía, compraba regalos a mis hermanos, a mi hermana, a todos. Siempre la ocupaba. Bueno, ese fue mi primer como sub-trabajo, porque era un trabajo que si yo quería iba. Me iban a despertar mis amigos para ir a trabajar a la feria, me llamaban: ¡Roni!, y mi papá les decía: Váyanse huevones, si no va a ir. Y ahí yo me despertaba y me vestía, saltaba de la cama. Me gustaba ir, pero a mi papá no le gustaba; todavía no cacho por qué. Pero yo iba, para mí era mi trabajo" (*Roni, 21 años, popular*).

Desde la infancia o adolescencia los varones populares asociaron el trabajo con sacrificio; una experiencia que enseña del dolor, la rudeza. Se debe transitar por ese camino para obtener sus prerrogativas y satisfacciones. Cuesta ganarse el dinero y se siente. El trabajo no es sólo ganar dinero, sino que además es un sacrificio pesado, a veces injusto y humillante. Hay que aprenderlo, vivenciarlo. "Ahí empecé a darme cuenta de lo que costaba ganarse un

20. *Huevadas* = cosas sin importancia.

poco de plata; estar cargando bolsas de mercadería, de repente salían bolsas que eran super pesadas, había que ir a dejar a la señora y era lejos" (*Chano, 22 años, popular*). "Realmente pensaba que trabajando iba a tener todo lo que quería, o sea, vestirme, darme mis gustos. Pensaba solamente en que llegara el momento de pagarme, cuando tuviera la plata aquí en mi bolsillo, o sea, que tenía mi sacrificio en mi bolsillo, esto es parte de mi sacrificio que estoy haciendo" (*Pelao, 44 años, popular*).

Éste fue uno de los ámbitos de la vida que marcó la diferencia entre varones: la familia de origen, los recursos económicos que ésta disponía para lograr niveles más altos de educación, la importancia asignada a la educación como generadora de mejores trabajos y posiciones sociales. La incorporación, en cambio, de los varones de sectores medios altos al trabajo remunerado fue la culminación de un proceso de preparación para iniciarse en la vida adulta, con recursos que posibilitaron la subsistencia en niveles al menos semejantes a los de sus familias de origen. Se espera de ellos que los superarán en el futuro.

Es así como los varones de sectores medios altos entrevistados se iniciaron bastante más tarde en el trabajo remunerado, salvo aquellos cuya familia de origen era de sectores medios bajos. Lo hicieron después de los 19 años, mientras cursaban la universidad o al finalizar la carrera, en actividades asociadas a lo que estudiaban profesionalmente: ayudantías en la misma universidad o a profesionales de su rubro, prácticas de vacaciones y/o en negocios de la familia. Éstas eran actividades que, a diferencia del inicio del trabajo de los hombres populares, no eran precarias, sino más bien el inicio del aprendizaje en una actividad profesional que sirvió de adiestramiento para el futuro. "Estudiando derecho uno tiene la oportunidad de trabajar muy joven, dentro de la carrera. Aproveché bastante esas oportunidades; a los 19 años empecé a trabajar, esporádicamente" (*José, 30 años, medio alto*). "Salí de la

universidad y me quedó medio semestre, iba a entrar a estudiar un magister, era vespertino, entonces me hice cargo de un boliche que mi papá tenía" (*Juan, 32 años, medio alto*). "Comencé en la universidad, como ayudante, antes de recibirme" (*Clark, 42 años, medio alto*).

La educación para estos varones no fue una barrera para lograr posiciones en el trabajo, sino, por el contrario, les impulsó a posiciones más expectantes; fue una condición para ello. El nivel de educación que habían logrado les permitió ingresar en trabajos que posibilitaban independencia de sus familias, no seguir siendo una carga. En general, no fue una respuesta a necesidades apremiantes de su grupo familiar, sino la búsqueda de su autonomía. Les había llegado el momento de entrar al mundo de los adultos con varios años más que los varones de sectores populares. "Para buscar más autonomía económica todavía" (*José, 30 años, medio alto*). "Comencé a trabajar en una oficina, a los 22, 23 años. ¡Puchas!, era absolutamente necesario, me daba vergüenza no trabajar. Pensaba que tenía que trabajar, estaba en el último año de derecho" (*Lisandro, 68 años, medio alto*).

El inicio en el trabajo produjo en estos varones situaciones semejantes a las sentidas por los varones populares. El trabajo los transformó en hombres adultos. Con la sexualidad activa habían reafirmado su hombría, con el trabajo comenzaron a ser autónomos, a manejar su vida. Pero es necesario tener presente que para los varones de sectores populares esa experiencia la tuvieron siendo adolescentes, en cambio los otros cuando eran adultos jóvenes. Una diferencia que puede ser de entre ocho y diez años. "Sentirse bien" (*Jonás, 33 años medio alto*). "Aprender a manejar la plata" (*Patricio, 32 años, medio alto*). "Me sentí como dueño del mundo" (*Franco, 41 años, medio alto*). "Me agradaba el hecho de recibir un sueldo y tener autonomía" (*Pablo, 46 años, medio alto*).

El trabajo del adulto: precariedad, realización e identidad

Una vez que el varón popular se hizo adulto, la forma del vivenciar e identificarse con el trabajo varió. Al momento de la entrevista, todos estaban incorporados al mercado de trabajo. La mayoría con trabajos inestables y mal remunerados, según ellos mismos; algunos estaban cesantes. Algunos, especialmente entre los mayores, tenían contratos, otros eran subcontratados o trabajaban como independientes, varios trabajaban a trato. Muy pocos de los jóvenes tenían estabilidad en su trabajo. En general, la vida laboral de estos varones se caracterizaba por la discontinuidad y los sucesivos periodos de cesantía. Constantemente estaban en la búsqueda de un mejor trabajo.

Pocos de ellos tenían calificación en un oficio y esto les dificultaba lograr un trabajo con mejor remuneración que les permitiera cumplir con lo que consideraban eran sus deberes (mandatos sociales). Más de alguno se arrepentía de haber dejado el colegio antes de terminarlo. "Mi mamá me dijo que estudiara y que fuera otro en la vida, pero es que uno es medio porfiado y deja el estudio a un lado. Total, con el estudio no estoy ni ahí, dice uno, pero cuando uno es grande y tiene familia dice: ¿¡Por qué no estudié!?" (*Lucio, 29 años, popular*).

Entre los jóvenes, sólo algunos habían aprendido un oficio, se habían estabilizado en su ejercicio y lograban ingresos mayores²¹, aunque no siempre conseguían salir de su situación de allegados. Pero por sus condiciones laborales se sentían más seguros en sus responsabilidades de varones y a gusto con el trabajo que realiza-

21. Las ocupaciones mencionadas fueron: operario en áreas de teléfonos, calzado, imprenta, repartidor de boletas, obrero de la construcción, garzón, patrullero civil, cajero, maestros en áreas de cocina, enferrador (para la construcción) y pintura, junior, guardia, reponedor y trabajador independiente en fumigaciones.

ban. Algunos de ellos con contrato de trabajo, otros como trabajadores independientes. "Mi trabajo es ser garzón. Sí, eso es lo definitivo, bueno, vendedor ocasionalmente, pero garzón es mi fuerte. Trabajo en un restaurante, porque hay un sueldo, porque me gusta tratar con la gente, porque se me da, me gustan las relaciones humanas, me gusta la atención, me gusta la propina" (*Alex, 24 años, popular*). "Bueno, yo trabajo en la cuestión de la cocina, en este tiempo estoy trabajando en cocina, en un hotel cinco estrellas que queda en el metro Alcántara. Soy maestro de cocina, ahí donde estoy entré de ayudante de cocina, pero había un chef y él me enseñó todo lo que él sabía, ahora yo estoy como chef. Claro que no gano mucho, porque no tengo un título como para hacerme valer como chef, pero sé hacer casi todo lo que saben hacer los chef" (*Lucio, 29 años, popular*).

La precariedad e inestabilidad, en general, de los trabajos desempeñados les afectaba en aquello que sentían que era su sentido de ser. La pérdida del trabajo pasó a ser una situación habitual, para algunos, y posible para otros. Es así como los que trabajaban en la construcción sabían que al acabarse la obra se entraba en un período de incertidumbre hasta que apareciese una nueva y volvieran a ser contratados²². Los que estaban en la gastronomía habían aprendido que allí hay una gran movilidad, no es difícil encontrar trabajo. Los mayores habían logrado algún grado de capacitación, algunos estaban incorporados como auxiliares de instituciones, guardias de seguridad, taxistas o comercio. "Dos veces [he quedado cesante]. La primera vez me sentí mal, lloré y todo, porque me gustaba el trabajo, me gustaba lo que estaba haciendo. La segunda vez estaba tranquilo, como sabía que me cuesta poco

22. En una economía donde las políticas de ajuste se transforman en una constante, las actividades que dependen en gran medida del gasto público se ven también afectadas, y la construcción es precisamente una de ellas.

para encontrar trabajo no me encariñé con el trabajo, después de la primera ya no me he encariñado más. Si me quedo sin trabajo, no se me acaba el mundo" (*Dario, 25 años, popular, trabajaba en el sector gastronómico*). "Sí, es que estos trabajos son temporales, todo se tiene que acabar, si construyes algo se acaba y ¿qué más vas a hacerle? Buscar otra pega. Me he sentido mal, obvio que te vas a quedar sin plata si no trabajas, ¡no tienes plata!, entonces hay que buscar otro de nuevo" (*Claudio, 26 años, popular, obrero de la construcción*). "Yo he trabajado en muchas partes, por lo general en la construcción. En mi adolescencia trabajé en un restaurante grande que hay en el centro, trabajé en otro que hay aquí en Gran Avenida, cosas así, y últimamente me dediqué más a la construcción que es lo más remunerable, me metí bastante gracias a Dios y la Virgen y he andado bastante bien, pero después cuando empiezan a flaquear las cosas, el trabajo se pone malo... Estoy en este trabajo acá hace un año prácticamente" (*Pelao, 44 años, popular*).

Los varones populares habían aprendido a vivir en esta situación de precariedad, especialmente en los períodos de cesantía, desarrollando estrategias de sobrevivencia que les llevaron a aceptar, en general, cualquier trabajo que podían efectuar y les generara ingresos. "He tenido hartos trabajos. He trabajado como estafeta, como vendedor. Pero son más que nada trabajos esporádicos. Nunca había tenido un trabajo más fijo, como el que tengo ahora" (*Yayo, 26 años, popular*). "Sí, de repente, como que la cosa, se aburre uno en este trabajo. Mire, yo cambiaría de trabajo porque no me gustan tanto las amanecidas, los turnos de amanecida. Abandona mucho la casa uno. La señora después queda sola, falta compañía. Si no fuera por todo lo otro que hago [extra], no me alcanzaría nunca. ¡Uff!, con este empleo pago la luz, el agua, el teléfono y hasta por ahí no más pues" (*Felo, 58 años, popular*).

Los que habían logrado un trabajo más estable, como auxiliares o vigilantes, trataban de mantenerlo, pese a que no lograban

obtener el ingreso mínimo para mantener a su familia. Ese empleo les servía para tener trabajos ocasionales (“pololos”) que complementaban el ingreso; en algunos casos, esos ingresos de trabajos ocasionales eran semejantes a los logrados en el empleo. “Bueno, aparte de éste, a veces a nosotros nos salen pololitos, o limpiamos vidrios, qué sé yo, pintamos departamentos” (*Chucho, 28 años, popular, guardia*). “Aquí he estado por la necesidad, porque siempre he estado pillado en cuentas y todo eso, entonces no he podido desligarme de aquí. También hago reparaciones en casas particulares. Todos los sábados los trabajo afuera y el día domingo lo trabajo en la casa. Todo el día estoy trabajando. Desde la mañana, de las ocho, nueve de la mañana hasta las ocho de la noche. Siempre he tenido la esperanza de volver a lo que hacía antes, en artesanía. No he podido. Por cualquier motivo no he podido. Porque tengo que tener un taller como lo tenía antiguamente, con horno, torno, con todo. Y eso lo desarmé y... el problema es la plata. Sí, me gusta más que éste. Es más libre también” (*Choche, 50 años, popular, auxiliar en una escuela*).

El trabajo en los varones populares para muchos estaba asociado directamente al cuerpo, levantar objetos, soportar fuerzas; subir/bajar escalas, andamios, objetos diversos; hacer uso de las manos y de los brazos para modelar, mezclar, limpiar. El trabajo requería de esfuerzos físicos para poder efectuarse. La limpieza y la suciedad, los efectos sobre la piel, especialmente las manos, estaban presentes. Había en mayor o menor medida una sensación de riesgo físico en el trabajo que se efectúa, ya por la altura o la profundidad en que se llevaba a cabo, o por el equilibrio que era necesario mantener. Es así que cuando muchos valoraban un trabajo como liviano, limpio, se referían a sus efectos en el cuerpo. “Soy maestro artesano, pero en una empresa... Me gusta porque es un trabajo fácil, liviano... A veces cuando vengo en la micro veo a esa gente que viene con las manos todas cochinas, las manos partidas

donde trabajan con cemento. Yo digo... me doy cuenta de que lo que hago es limpio, honrado, me gusta hacerlo y me siento bien donde estoy” (*Yayo, 26 años, popular*). “Soy operario, soy cortador. En ropa, cortador en confección. Me gusta bastante. Lo único es que el trabajo que estamos haciendo ahora es muy agotador, no más, hay que estar mucho de pie, así que llegas super cabreado” (*Hermano, 39 años, popular*).

En el caso de los varones más jóvenes los trabajos desempeñados por la mayoría no les había permitido independizarse de sus familias de origen y vivían como allegados de los padres de sus parejas y de los propios padres; otros coarrendaban departamentos con amigos o arrendaban pieza o departamentos interiores. Los mandatos de autonomía entre ellos estaban fuertemente afectados y su aspiración era poder independizarse y lograr una vivienda propia. Los mayores habían, en general, logrado acceder a una vivienda social.

Las vivencias de los varones populares, respecto de su trabajo, ponían en entredicho sus aspiraciones/obligaciones de hombres adultos a cargo de una familia. El trabajo, según los relatos, no necesariamente los hacía importantes ante terceros, aunque para ellos sí lo era, pues se sentían y mostraban como responsables y dignos. En el lugar de trabajo, si trabajaban en una empresa o institución, estaban subordinados —generalmente ocupaban las posiciones más precarias— y sus ingresos no les permitían una calidad de vida considerada aceptable por ellos mismos y su familia. Sentían que su calidad de proveedores estaba muchas veces limitada.

El trabajo les mostró a los varones que hay jerarquías, dominio; que todos no eran iguales; algunos hombres mandaban y otros obedecían. Expresaban que cuando se trabaja hay que aceptar la jerarquía, quizás él también llegaría a ser jefe de otros. El jefe (generalmente un varón) mandaba, aunque no siempre se le conside-

raba apto para ello. Muchas veces esa jerarquía era también una demostración de injusticia en relación a ellos. "Si yo pudiera hacer algo que me gustara, lo haría aunque fuera gratis. Pero hacerlo por un contrato, es como estar respondiéndole al jefe. Si llego un poco atrasado, al tiro²³ le tengo que dar la explicación; es muy exigido y siempre explotado" (*Willy, 21 años, popular*). "Al principio me sentía raro, porque, por un lado, me sentía feliz porque iba a conocer gente, iba a hacer algo y me iban a pagar por eso. Me sentía como ya más grande. Y, por el otro lado, no me gustaba mucho tener que trabajar, porque tenías que aguantar cuestiones; había gallos²⁴ que eran más penca²⁵ que tú y te mandaban y ganaban más plata sin hacer nada. Hasta la fecha me da rabia" (*Maly, 28 años, popular*). "De primera no me gustaba mucho, porque me mandaban, pero después ya se sabe que hay un jefe delante de uno que tiene que mandarlo y uno de repente también tiene a otra persona a cargo y también tiene que mandarla y tampoco a esa persona le va a gustar que uno la mande, pero en todos los trabajos es así. Ahora ya no, porque ahora llevo un ritmo, hay un jefe y más arriba de ese jefe hay otro jefe y así. Todas estas pegas son así" (*Lucio, 29 años, popular*).

Para cierta proporción de estos varones, ser trabajador independiente era la forma a través de la cual lograban responder y asumir los mandatos de ser proveedores, activos, importantes entre los suyos, autónomos y responsables. Como trabajadores no tenían que estar a las órdenes de un jefe, no eran subordinados; ellos eran su propio jefe. En general, los que trabajaban como independientes en un oficio (que no necesariamente aprendieron en un instituto, sino en la práctica) y habían logrado estabilizarse en su

23. *Al tiro* = al momento.

24. *Gallo* = varón.

25. *Ser penca* = ser mediocre.

ejercicio tenían mayor estabilidad e ingresos superiores al resto. Trabajar como independiente les permitía responder a diversas aspiraciones/exigencias de los mandatos sociales. Ser independiente es no ser apatronado ni depender de un jefe, generalmente otro hombre, y por lo tanto no estar bajo su dominio. En algunos casos, el trabajo les permitía tener otras personas (hombres) bajo su dominio cuando requerían de ayudantes. Ser trabajador independiente se transformó así en una forma de responder dignamente a lo que se espera de ellos. "Yo trabajo en instalaciones telefónicas. Instalación domiciliaria. No hice ningún curso. En esto ya llevo casi tres años. Tres años trabajando ahí" (*Calo, 21 años, popular*). "De ninguna manera me gusta [ser taxista], pero por qué lo hago, porque resulta que gano más que [lo que] en cualquier fábrica le pagan a una persona que no tiene ningún título. En el taxi tengo tiempo de hacer otras cosas, no gastas en locomoción, es un trabajo relativamente poco sacrificado en lo físico, no tienes presión de jefatura encima, recintos determinados, qué sé yo" (*Fernando, 33 años, popular*).

Por eso muchos varones preferían ser trabajadores independientes, no trabajar apatronados. En alguna medida el fomento de la microempresa y de los microempresarios en los varones apuntaría, seguramente sin preverlo, a estimular el deseo de autonomía, de independencia. Para muchos la posibilidad de lograr un mejor nivel de vida, tener mayor autonomía y no subordinarse a otros era independizándose, pese a que tenían que correr el riesgo de tener que buscar su propia clientela, hacer su carpeta de clientes, adquirir las herramientas e instrumentos y tener cierto capital de trabajo. "El trabajo que yo hago tiene relación con todo lo que tiene que ver con higiene ambiental. Con las desratizaciones, fumigaciones, ése es el rubro propiamente tal y [...] en lo que participo es en la parte operacional, en lo que es la mano de obra, el desarrollo de la actividad. Yo siempre deseé ser independiente y

tener algún negocio, pero nunca me imaginé que iba a relacionarme con este rubro” (*Pancho, 29 años, popular*). “Soy albañil. En realidad lo que pasa es que yo formalmente trabajaba en la construcción hasta hace un tiempo atrás, después me aburrí, y empecé a buscar mis propios trabajos y hacer mi propia pega en albañilería y en eso ando. Cuando tengo trabajo me saco la cresta” (*Negro, 33 años, popular*).

Para muchos de ellos las redes familiares y de amigos habían sido puntales muy importantes, especialmente en los más jóvenes, en las épocas de mayor carencia para sobrevivir y hacer frente a las exigencias que tenían como padres y jefes de hogar. En estas redes buscaron el apoyo para conseguir algún “pololito”, con el cual obtener dinero para los gastos del mes y se apoyaron, asimismo, en el trabajo de sus parejas, cuando éstas lo tenían. “Sí. He estado sin trabajo. Me siento igual, porque cuando estoy sin trabajo mi papá me presta su auto y salgo a taxear” (*Roni, 21 años, popular*). “Le pido ayuda a mi hermano; mi mamá también me ayuda hartito y no me molesta, porque yo sé que lo hacen con cariño y nunca me lo van a echar en cara. Me siento mal de repente por tener que recurrir a ellos, pero la necesidad... hay que asumir no más” (*Yayo, 26 años, popular*).

La familia de origen, fundamentalmente para los más jóvenes, devino en una red importante de apoyo y logró estabilizar económicamente al varón y su núcleo familiar. Muchos de ellos estaban como allegados en las viviendas de sus padres/suegros. La red familiar, en estos casos, se transformó en la posibilidad real de sostener su propio núcleo familiar y tener un trabajo estable, mediante el acuerdo con un familiar con calificación en un oficio y cierta clientela (padre, tío, hermano mayor y/o suegro). Así estos varones lograron un trabajo e ingresos relativamente estables. Pero esta forma de sociabilidad, que configuraba un tipo especial de familia extendida, tenía sus problemas. El varón lograba una au-

tonomía relativa, pero seguía permaneciendo en el ámbito del dominio de un familiar, para muchos ya no sólo como allegados, sino también como trabajadores. Esta situación tenía una duración limitada, al poco tiempo buscaban un trabajo que los sacara de ese dominio, pero con una calificación que antes no tenían, tanto en el oficio aprendido como en la forma de lograr clientela. En el lenguaje “moderno”, la familia generó microempresarios relativamente autónomos, con conocimiento de un oficio y la gestión que requiere su ejercicio de manera independiente. “La verdad es que ahora poco empezamos a trabajar juntos con mi padre, como restaurador de muebles antiguos. Sí, hace un par de semanas, y empezamos a trabajar juntos, yo voy para allá, él tiene el taller en la casa, es independiente; trabajo en una máquina. Él tiene su máquina para que la pega²⁶ salga más luego; sin contrato, nada de eso, y de ahí vamos repartiendo un poco la plata, pero igual estamos trabajando a trato, entonces se hace la pega y ahí mismo pagan” (*Willy, 21 años, popular*). “Con mi tío, él es el contratista, nos repartimos la naranja mitad y mitad” (*Roni, 21 años, popular*). “Con mi papá, pintando; de pintor. Porque es lo que me acostumbré a hacer. Ahora estoy tratando de independizarme” (*Coto, 28 años, popular*).

Las situaciones de subempleo y cesantía reiteradas llevaron a algunos varones populares a terminar sus estudios e incluso a iniciar carreras técnicas o universitarias haciendo uso de facilidades que algunas universidades privadas progresistas otorgan a estudiantes de sus características. Así, una limitación fue transformada en una oportunidad, porque estudiaban acomodando los horarios de trabajo de acuerdo con los requerimientos del estudio. “Trabajo en una empresa ... repartiendo boletas en la calle. Todos los días de lunes a viernes se reparten las boletas. [...], no es muy

26. Pega = trabajo.

buena la paga, por eso no me gusta, pero me da tiempo para estudiar, por eso me gusta. Además, es más o menos libre" (*Polo, 21 años, popular*). "Soy albañil... Cuando tengo que estudiar, bueno, hablo con la gente que voy a trabajar medio día, le explico mi situación y, bueno, se flexibilizan criterios, a veces no me resulta y me chupo el dedo no más, tengo que quedarme trabajando hasta la hora que sea y postergar los estudios, digamos, y por eso es que debo pruebas generalmente, me atraso en entregar trabajos" (*Negro, 33 años, popular, estudiante de periodismo*).

Para los varones de sectores populares trabajar era necesario, pero los trabajos en sí mismos no siempre resultaban satisfactorios, especialmente en las condiciones que se trabaja y los ingresos que se perciben. "No es que no me guste, tanto como eso no; trabajar sí [me gusta], pero no en las condiciones que uno trabaja... al igual que el auto cuando se le terminó el estanque de la gasolina, pero le queda un poquito en la reserva, tiene que seguir trabajando con la reserva. Eso es lo que mata" (*Carlos, 56 años, popular*). "Mire, ni me gusta, ni me disgusta, me da lo mismo, ya a mí a esta edad lo único que yo deseo es que en la casa no falte nada, que no falte lo esencial. Porque con el sueldo que le gano aquí, no, no es que chita la vida principesca que llevo (*risa*). Falta, pero lo esencial no falta en la casa" (*Loco Soto, 69 años, popular*).

Los varones reaccionaban de diversas maneras contra estas condiciones de trabajo, que no les permitían cumplir con sus obligaciones/mandato. Adaptándose y aceptando que trabajar "es así y esas son las condiciones en que se hace", aunque no gusten. "Mira, no es que me guste, yo creo que llegué a eso por necesidad, es como lo que ha ocurrido con mi papá y mi mamá. A ellos no les gustaba hacer lo que hacían, pero tenían que hacerlo. Lo mismo me ocurre a mí, entonces por eso es que yo trabajo en la construcción, no puedo trabajar en otra cosa" (*Negro, 33 años, popular*). "Muchas veces me he quedado sin pega, sobre todo cuando uno debía... le

decía: Oiga, sabe patrón, que con lo que me pagan, pago la micro, y eso no me alcanza y me respondía: Bueno, si no te gusta, ándate. Me salía no más, pero después de casado ya cambió la situación, porque ya había una obligación, había una responsabilidad con los hijos, todas esas cuestiones" (*Carlos, 56 años, popular*).

Los varones estaban buscando constantemente nuevos y mejores trabajos, cambiándose cuando podían, aunque los nuevos fuesen de la misma precariedad que los anteriores. El trabajar independientemente, como se señaló, era otra de las formas, pero para ello necesitaban de un oficio, herramientas y recursos económicos que sólo algunos podían lograr. "Pero yo sólo me he ido cuando un trabajo no me gusta. Es que no puedo estar en una parte donde no me sienta bien" (*Yayo, 26 años, popular*). "Mira, me quedé sin trabajo muy pocas veces, porque yo siempre me movía. Trabajé en varias cosas, sí, a veces me aburría acá y ¡ah ya! Estaba trabajando con un contratista, por ejemplo, y ya me buscaba una pega en estructuras metálicas, porque quería aprender a soldar" (*Héctor, 29 años, popular*).

Aunque las condiciones del trabajo no eran satisfactorias y el mismo trabajo no respondía las expectativas esperadas, afirmaban que sus trabajos eran honrados. No los tenían que ocultar y se sentían orgullosos. Pese a las carencias y precariedad cumplen con sus obligaciones y les pagan por ello, aunque dicen que reciben poco como compensación y algunos señalan que su trabajo es duro, aburrido y que a veces reciben tratos injustos.

El trabajo se transformaba así, según los relatos, en una doble carga para estos varones: por un lado, tenían la obligación de hacerlo y responder a sus responsabilidades de varones con sus núcleos familiares; por otro, el trabajo mismo era una carga pesada que tenían que soportar y de la que no gustaban. "Si tuviera los medios para no hacerlo, no lo haría. Me dedicaría a un trabajo, pero no a esclavizarme, porque es esclavizado trabajar. Yo cacho

que a mucha gente no le gusta trabajar y si tuviera los medios para no hacerlo no lo haría" (*Yayo, 26 años, popular*). "Es indispensable, porque es una de las formas en que uno se puede ganar la vida, pero también yo lo miro desde otro punto de vista. Debería tener como más espacio, en el sentido de que uno pudiera tener libertad para llegar temprano a reunirse con la familia, tener un momento recreativo. A veces uno tiene que trabajar de ocho a ocho, entonces compartes muy poco con la familia. Lo veo como una forma en que se explota mucho" (*Hermano, 39 años, popular*).

Para los varones populares entrevistados el trabajo era, en general, un espacio inestable, precario, con remuneraciones consideradas insuficientes, que no les permitían lograr el nivel de vida que deseaban; que debían soportar y les producía muchas veces insatisfacciones. Para los varones de sectores medios altos, en cambio, el trabajo se les presentaba como un ámbito que les permitía crecer personalmente, autorrealizarse, cumplir sus proyectos de vida profesionales, además de obtener ingresos, autoridad en la familia y prestigio social.

Para los varones de sectores medios altos el trabajo, además de ser el medio que les permitía recursos materiales a través del cual se proyectan en el ámbito familiar y social, era un recurso fundamental de autorrealización, para lograr el "proyecto de vida" que se habían propuesto y/o se esperaba de ellos. Cualquiera sea la edad de los varones entrevistados, fue posible encontrar esta respuesta. Era en el trabajo donde se medían, son medidos y miden a los otros varones. Tener o no tener trabajo no necesariamente les afectaba su calidad de vida, pero en cambio sí repercutía en su autoestima, pese a que relataban que tenían reservas y relaciones que les permitirían en general, junto a sus familias, posibles períodos de cesantía sin que les afectasen significativamente el modo de vivir. Estos eran varones que, en general, trabajaban en lo que les gustaba, tenían autonomía, ingresos que les permitían ahorros y

un nivel de vida para su familia superior al medio del país. "Trabajar para mí está vinculado al sustento, fundamentalmente, eso es como lo más básico, lo más básico y después ya viene una cosa más lúdica, más recreo, más... no sé si me entiendes, más lúdica, más entretenimiento, de investigar, pero hay toda una parte del trabajo que es tedioso, que es riguroso, que es, es como una sentencia bíblica, uno tiene que trabajar, no más, no queda otra" (*Wally, 40 años, medio alto*). "Mi trabajo significa entretenerme. Hago las cosas que siempre me han gustado en términos intelectuales, materiales y, por otro lado, esto significa poder contar con dinero para poder mantener la familia y poder lograr, obviamente, todas aquellas metas puestas en términos materiales" (*Clark, 42 años, medio alto*).

Al igual que en los varones populares, los hijos y la familia eran el incentivo que los llevaban a trabajar por ingresos que asegurasen su calidad de proveedores del hogar. El trabajo en sí era, según sus testimonios, el estímulo que les estructuraba la existencia; que les permitía crecer, crear y ser autónomos. Para ellos el trabajo tenía sentido en la medida que les reportaba satisfacciones personales. El trabajo era en gran medida un ámbito de lo lúdico. "El trabajo te da motivación, te estimula, te permite pensar, crecer, expresarte... es una parte importante de mi vida, y en el fondo es una de las cosas que me hacen sentir vivo. Tengo una motivación muy fuerte de hacerlo bien. Eso es lo que a mí me empuja a ganarles a todos" (*Mauricio, 32 años, medio alto*). "El trabajo es fuente de satisfacciones, de estar haciendo algo que te gusta, ya, que te genera placer. Afortunadamente, hoy día yo tengo la posibilidad de trabajar en lo que quiero trabajar" (*Jonás, 33 años, medio alto*). "Yo disfruto de mi trabajo, en el sentido de que lo hago entretenido, soy un buen profesional, digamos, dentro del medio. Lo tomo a conciencia, estudio, vengo con ganas a mi oficina, me lo he hecho entretenido para poder sobrevivir..." (*Juan Pablo, 38 años,*

medio alto). “Personalmente, he logrado trabajar en lo que a mí me gusta, me satisface, no me cansa, no me aburre, por así decirlo; al contrario, puedo hasta excederme, me produce satisfacción. Hay una variedad técnica de los temas y una variedad social de circunstancias e incluso de viajes que hace que sea rico” (*David, 43 años, medio alto*).

Según los relatos, el trabajo para estos varones les resultó un espacio gratificante, hacían lo que les gustaba, podía haber molestias, malos momentos, intensidad en el trabajo, pero todo ello lo compensaba el nivel de ingreso que recibían, las satisfacciones que les daba la posición en la empresa y la realización profesional. “Todos los trabajos tienen un encanto y cuando tú empiezas a hacerlo bien, entonces eso te gratifica y te da recompensas. Yo no diría que esta pega no me gusta, no es la pega que yo habría elegido, ni es la pega mejor pega que yo habría hecho, pero también sería un poco injusto de mi parte decir que me han cargado los veinte años que yo he sido administrador de empresas, no, no es cierto, yo creo que tiene cosas que me gustan” (*Alberto, 46 años, medio alto*). “Llegué [a este trabajo] porque me pusieron ahí cuando la empresa formó este grupo a nivel mundial y me nominaron, yo creo que pensaron que tenía aptitudes y después porque me he mantenido y me he ido desarrollando ahí y me ha ido bien. Me gusta mucho, yo diría que es el período en que estoy más realizado desde el punto de vista profesional, en los últimos tres años” (*Pablo, 46 años, medio alto*).

No necesariamente sentían lo mismo aquellos varones que no trabajaban en una actividad en la que se sintieran realizados, al no hacer aportes significativos a terceros que tuviesen un cierto sentido épico. Par ellos no bastaba trabajar, el trabajo tenía que tener sentido más allá de ser la fuente de ingresos. “Yo diría que se juntan dos cosas, un poco de la carga de tener que trabajar y otra tener que trabajar en la cosa que sientes que no estás entregando nada,

que no estás aportando nada, lo que es más terrible todavía” (*Eugenio, 45 años, medio*).

En general, los varones de sectores medios altos trabajan independientemente o estaban en las direcciones o jefaturas de empresas e instituciones. Los situados en esta última condición debían obediencia a otras personas, generalmente varones, propietarios y máximas jefaturas, pero a su vez tenían personal a su cargo, sobre los que ellos ejercían autoridad. Los testimonios de estos varones indican que para ellos era importante no estar subordinados y/o ser profesionales independientes; el trabajo independiente era deseado y enaltecido. “Salvo un período muy corto que es insignificante, nunca he trabajado para nadie estrictamente, o sea yo nunca me he subordinado a nadie en términos laborales” (*José, 30 años, medio alto*). “Trabajamos doce personas, doce profesionales. Yo soy el jefe, o sea, no hago nada (*risas*), no; yo hago todo eso, soy el último en la línea, hago todos esos informes, hay que revisar, dar ideas, coordinar, escribir. Sí, me gusta” (*Juan, 32 años, medio alto*). “Yo estoy a cargo, trabajo en una empresa importadora de alimentos, de distribución de alimentos e importación de alimentos. Me gusta lo que hago, pero más me gusta la libertad de decidir lo que hago a las diez de la mañana, y no estar obligado a hacerlo” (*Mauricio, 32 años, medio alto*). El sentido de la jerarquía en estos varones difería significativamente de la que tenían los varones populares. En este caso, ellos eran parte de las jerarquías superiores, aunque no fueran del todo conscientes de ello. Tenían un nivel de autonomía muchísimo mayor y sentían que definían sus vidas y proyectos.

La cesantía, quedarse sin trabajo

No trabajar para un hombre es ponerse en el límite; arriesgar su calidad de varón adulto. Puede no hacerlo, pero tendrá que jus-

tificar el por qué no ante terceros; recibir seguramente incompreensión y rechazo de muchos/as. Así como el mandato de la heterosexualidad le impone demostrar/se que es heterosexual, el de trabajar lo obliga a ejercer una actividad por la que genere ingresos para su autonomía y pueda responder a “sus” responsabilidades; debe hacerlo y demostrarlo.

Quedarse sin trabajo coloca al varón en situación de vulnerabilidad, de su masculinidad, de su hombría. Esta situación era sentida como muy grave por los varones entrevistados. Afectaba profundamente sus identidades y subjetivamente era una situación catastrófica, demoledora. Ponía en jaque la posibilidad de ser hombres dignos, honorables y les quitaba el espacio público donde habían construido sus identidades de varones y estructuraban, en gran medida, sus subjetividades. “Yo me decepcionaría si viera que no puedo mantener a mis hijos; me sentiría mal, porque vería sufrir a mis hijos sin tener un pedazo de pan en el momento que ellos lo necesitan, no tener un calzado cuando hace frío, no tener ropa para el invierno. Ahora, si yo fuera soltero y quedo sin trabajo, no puedo salir a ninguna parte tampoco, no puedo disfrutar la vida como quiero, no puedo ir y tomar una bebida, porque no tengo plata” (*Chucho, 29 años, popular*). “Me sentiría mal, mal. Yo creo que hay una responsabilidad, uno al final tiene una familia detrás” (*Pablo, 46 años, medio alto*).

Cesantes, eran hombres humillados. Según los relatos, se afectaba fuertemente su autoestima. Sin trabajo eran hombres manchados. No estaban “limpios”, algo los ensució. Perdían su dignidad. “Dos veces estuve cesante. Sentí frustración. Fueron muy pocos los días que estuve sin trabajo, pero se siente, porque con años en una actividad laboral y de repente cesan tus funciones te sientes un poco como pasado a llevar. ¡Es rara la sensación! Eso es, como que disminuye tu autoestima” (*Pancho, 27 años, popular*). “Me sentía histérico ... cuando todo el mundo está haciendo algo, llega tu

papá del trabajo y tú estás ahí viendo tele. Entonces me venía a la oficina, donde había renunciado, y me quedaba ahí, me ponía en el teléfono o a leer cualquier cosa. Tiene que ver con el sentido de responsabilidad en la casa” (*Juan, 32 años, medio alto*). “Al principio me sentí extraordinario, feliz de la vida, y después me metí en un olla negra, así que estuve a punto de perecer. Me sentí muy hundido” (*Mauricio, 32 años, medio alto*). “Es una cuestión re’ penca quedar sin trabajo, porque quedar sin trabajo es como lo más terrible que le puede pasar a un hombre hoy en día. Se te cae el mundo en cierto sentido” (*Jano, 35 años, popular*).

Los varones populares, sin excepción, habían vivido o estaban viviendo la experiencia de quedar sin trabajo. No obstante ser ésta una experiencia periódica a la cual se habían habituado, la mayoría relató que cuando esto ocurría les afectaba fuertemente, por ser los jefes de hogar, ejes de la familia —debían responder ante sus hijos y parejas—. Sentían afectada su dignidad, su hombría. Esta condición los ponía/pone en situaciones límites. “Sí, me he quedado sin trabajo, pero poco tiempo. Una semana. [Pensé] qué iba a hacer, en qué iba a trabajar; buscando trabajo por ahí, no sé, afligido. O cuando nos decían que nos iban a echar” (*Calo, 21 años, popular*). “Me sentí mal, porque yo soy el que tiene que responder por la casa y como que soy el eje de la familia y si no trabajo no hay nada” (*Lino, 29 años, popular*). “¿Quedar sin trabajo?, amargura, porque ahí vienen todas las preocupaciones del mundo, ¿qué va a hacer sin trabajo usted?, y yo, en el caso mío, ¿qué hago sin trabajo?, con tanta familia, no voy a ir a robar para alimentar a mi familia, tengo que esforzarme, ubicar algo, que sé yo, para poder sobrellevar mi familia. Es amargura quedar sin trabajo. Yo sé lo que es estar sin trabajo. Sentí de todo, a mí me faltó el pedazo de pan cuando chico, y hace cosa de tres años me faltó a mí y a mi familia, y yo lloraba, he estado dos o tres días sin comer, pero no porque lo hubiese querido. Aunque no hubiese sucedido lo que

sucedió, o sea, simplemente: quedé sin trabajo ¿entiende?" (*Pelao, 44 años, popular*).

Quedar sin trabajo les desestructuraba la vida a los varones; les confinaba a permanecer en la casa, espacio asignado a la mujer; los trabajos que se podían realizar allí no eran "trabajos", sino pasatiempos o colaboración a la pareja; los trabajos de "verdad" eran los que se llevaban a cabo fuera del hogar y por los que se recibía una remuneración. En los relatos, los varones señalaron que estando cesantes no hallaban qué hacer, se aburrían, llegando algunos incluso a la desesperación. "Me siento mal, porque uno lo pasa mal en la casa. Te aburres. Cuando quieres comprar algo, no tienes plata, y eso es fome, cachai" (*Fabio, 25 años, popular*). "Sí, he estado sin trabajo y es penca estar sin trabajo, me aburro, no puedo estar si no estoy trabajando, tengo que estar haciendo algo. Se desespera uno al no tener trabajo, más encima en la casa se aburre, lo mismo de pensar que está sin trabajo, como que se siente un aburrimiento. Pero estuve poquito, casi nada, como dos veces, y fue en el período que estaba casado" (*Coto, 28 años, popular*).

La cesantía a algunos varones los deprimía profundamente, llevándoles a la desesperación y en ocasiones a atentar contra su vida y la de sus familiares al no poder cumplir con el mandato de trabajar. Los relatos que mencionaron esta posibilidad fueron parte de algunos testimonios. No era algo de lo que se teorizase, se había tenido la experiencia. "Me he deprimido mucho, y ahora entiendo lo que dice Carlitos Marx, claro, la dignidad es importantísima. Yo creo que alguien cesante se deteriora psicológicamente y después materialmente. El hecho de ya no tener trabajo es un deterioro psicológico que lo puede llevar hasta la muerte al compadre. Tienes que cachar que el deterioro psicológico es entrar en depresión. Toda la cosmovisión, la visión de mundo, te cambia, todo es pesimismo, todo es negro, todo se te viene encima, entonces, claro, es re' fácil que el huevón en un minuto de

apuro ¡bum! se tire debajo de las ruedas de un auto, hasta esos extremos" (*Negro, 33 años, popular*). "En general, si un hombre que tiene sus obligaciones de casa, hogar, todo eso, queda sin trabajo, es algo penoso, porque si a uno le están exigiendo, pidiéndole, si hay niños chicos pidiéndole pan, qué comer, entonces uno se desespera también pues. Tuve una experiencia de un vecino que quedó sin trabajo. Y este caballero se mató, mató a la mujer y mató a los hijos" (*Felo, 58 años, popular*).

Según otros varones, habría sido la causa para hacer abandono del hogar ante la imposibilidad de responder como se esperaba de él. Él no fue capaz; muchas veces esta respuesta se asocia a otra que le indicaría a los varones que sus parejas, las madres de sus hijos, serían capaces de sacar adelante el hogar. En alguna medida, según estos varones, ellos "responsablemente" hicieron abandono del hogar.

Otras salidas posibles son la drogadicción y/o la delincuencia. Entre los varones jóvenes entrevistados había tres drogadictos, dos que estaban en tratamiento y un tercero que seguía en la droga.

Los varones populares entrevistados, en general, no pasaron por un largo período de cesantía; normalmente encontraron trabajos ocasionales de pocos ingresos, mientras seguían buscando otro más definitivo. "Sí, estuve como cuatro meses sin pega. No hallaba qué hacer, estaba desesperado, es que a mí me gusta trabajar, no me siento bien cuando no trabajo, a mí me gusta trabajar, me encanta trabajar. Lo que hice fue buscar pega como chino. Ahí me metí a una pega y me estafaron, puros dramas no más, fueron cuatro meses dramáticos, pero gracias a Dios estaban mis amigos, para eso están los amigos, para salvarme" (*Polo, 21 años, popular*). "Yo pasé bien poco tiempo sin trabajar, siempre tenía trabajo, porque siempre me movía" (*Héctor, 29 años, popular*).

Normalmente, las nuevas actividades tenían la misma precariedad que las anteriores. Según los relatos, cuando perdieron el

trabajo inmediatamente comenzaron a buscar otro. Cualquier trabajo era/es aceptable para obtener los recursos necesarios que les permitiesen el mantenimiento del hogar. Sus sentimientos fueron de profunda preocupación por la falta de dinero para el sustento del núcleo familiar. Esto les provocó inicialmente ansiedad y decepción de sí mismos. “Bueno, cuando me quedé sin trabajo estaba casado y me sentí mal, porque se me empezaron a terminar las monedas y me empecé a urgir, no digamos por mí sino por mis hijos, por ellos. Pero estuve un mes, dos meses sin trabajo y de ahí pillé al tiro, porque tampoco soy un compadre quedado, que espere que vengan a ofrecerme aquí mismo; yo salgo a buscar. [En] cualquier cosa y no importa que me paguen el mínimo y empezar de abajo, total a medida que uno va trabajando se va dando a valorizar con los patrones” (*Lucio, 29 años, popular*). “Lo que yo quería en ese tiempo era tener la plata para la familia, porque ya éramos cuatro y había que apechugar²⁷. Hacía trabajitos de zapatos una vez a las quinientas, estuve haciendo zapatos también, iba a vender a la feria zapatos, pero digamos el capital se iba comiendo, entonces hubo una etapa en que ya cuando llegué a comprar el material, no tenía plata para el material, entonces de ahí no hallaba de dónde sacar plata, y ahí decidí meterme al programa que tenía el gobierno” (*Charly, 48 años, popular*).

Para los varones de sectores populares perder el trabajo era doblemente grave; no sólo perdían la actividad que les generaba ingresos, sino también perdían el respeto de su familia. Al no tener ahorros para afrontar el período de cesantía, no les era posible proveer y pasaban a depender de otro/a. Según los testimonios, cuando perdían el trabajo y quedaban cesantes sintieron que comenzaban a faltarles el respeto los/as otros/as, especialmente sus familiares; los pasaban a llevar y perdían uno de los recursos prin-

27. *Apechugar* = sacar adelante, hacer frente.

cipales de poder en la familia: su autoridad. No eran respetados por sus familias en el espacio donde mandaban, pese a que eran los jefe de hogar. “Cuando no estoy trabajando creo que todos lo notan ... sufro mucho cuando no trabajo. No poder tener plata, invitar a mi polola a una bebida, no poder salir” (*Andrés, 26 años, popular*). “Quedar sin trabajo es desastroso, es indefensión, es no proveer a los cabros chicos, es ser un parásito. Para mí no tener trabajo es chuparle la sangre a mis padres. Yo he estado sin trabajo, pero siempre existió el negocio [de los padres], por lo tanto: No te preocupes, hijo, tenemos el negocio, tenemos el sueldo de tu padre” (*Hilarión, 39 años, popular*).

La vivencia de la cesantía estaba presente en todos los varones populares entrevistados. Les significa perder la relativa autonomía lograda y no poder hacerse responsables de aquellas obligaciones que tenían a su cargo. Todos tenían la experiencia. No sucedió así con los varones de sectores medios; algunos sí la habían tenido, pero disponían de recursos profesionales y relaciones sociales que les permitieron encontrar pronto otro trabajo semejante. Además, en general, éstos últimos tenían diversas actividades remuneradas paralelamente en el tiempo, fuese como consultores, funcionarios de confianza de empresas privadas o públicas, asesores, directores. Si perdían alguna, había otras; muy ocasionalmente se quedaban sin ningún ingreso y en esos casos tenían ahorros, líneas de crédito y estados de situación aceptables para endeudarse contra futuros trabajos. “En general, no he vivido esa circunstancia [la cesantía]. Yo te diría que el punto crítico para mí es la deuda. Te marca mucho el no tener deuda. Para mí tener deudas es un punto que me hace vivir muy intranquilo, insatisfecho, con mucho temor de no poder cumplir ciertos compromisos, quizás exceso de responsabilidad, pero la cosa que más me angustia es tener deudas. Es una cuestión no soportable por mí, me molesta mucho, me saca de casillas, me pone inquieto. La socie-

dad, como yo te señalé, no está hecha para personas independientes" (*David, 43 años, medio alto*). "El no tener trabajo, fuera de ser una amenaza, el hecho de no tener ingresos, es un tema para mí de realización y de vivir. La vida, para mí, está muy asociada con estar actuando" (*Pablo, 46 años, medio alto*).

La pérdida del trabajo para los varones de sectores medios representaba un fuerte golpe a su autoestima, a su ego. El trabajo era lo que los valorizaba frente a los otros y les permitía situarse en una cierta jerarquía y prestigio sociales. Perder el trabajo era deteriorar esa imagen ante los otros y sentir los efectos en la propia subjetividad. "En ese minuto trabajaba independiente, me presentaba a propuestas y las perdía. [Me decía] No estoy siendo capaz o no me estoy vendiendo bien, no estoy haciendo bien mi trabajo" (*Jonás, 33 años, medio alto*). "Yo creo que es algo muy duro, muy duro. De hecho yo en algún minuto de mi desarrollo profesional estuve un poquito en el aire. No es que no tuviera trabajo, tenía, digamos, pero me sentía muy incierto y yo creo que una persona que no tiene trabajo persistentemente, como un amigo mío, se empieza a destruir" (*Wally, 40 años, medio alto*). "Significa una profunda depresión. Yo tuve la experiencia de estar un mes sin trabajo y significó eso, una profunda depresión. Obviamente que significa una frustración en términos de no ser valorado por la sociedad, porque uno se prepara para [hacer lo que hace], y en un determinado momento la sociedad le dice: Ud. no sirve. Entonces viene una especie de frustración, uno cae en depresión" (*Clark, 42 años, medio alto*).

Los varones de sectores medios altos percibían el mundo del trabajo como una realidad que podían moldear. Eran ellos los que ponían las condiciones en las que trabajaban y se enfrentaban activamente a un espacio en que se sentían actores. Tenían capacidad de negociar, de resolver situaciones que les afectaban. En ese sentido no existía para ellos la cesantía. Según los relatos de varios

de ellos, la cesantía era una experiencia que no habían tenido y suponían que tampoco la vivirían en el futuro, porque en su mundo profesional no era posible esa situación, salvo enfermedad. "He tenido momentos malos, pero nunca me he quedado sin trabajo. Es que no existe el quedarse sin trabajo. Si el trabajo es autogenerado. Tendría que quedarme en inactividad por enfermedad para no trabajar, pero siempre hay trabajo. No existe la cesantía en el caso nuestro, siempre depende de uno" (*José, 30 años, medio alto*). "A mí no me ha pasado nunca, obviamente, nunca me voy a quedar sin trabajo, mientras tenga salud. Yo creo que tiene que ser lo más terrible que hay; se me ocurre a mí, debe ser horroroso" (*Juan Pablo, 38 años, medio alto*). "Nosotros partimos de la base de que somos, como independientes, cesantes permanentes, o sea, siempre estamos buscando trabajo. Siempre tenemos y no tenemos trabajo, psicológicamente lo tengo asumido, como tal. Nunca tengo la certeza, es como la pesca, siempre hay pesca, pero de repente podemos no pescar. Tú nunca has vivido técnicamente en los trabajos de acuerdo con contratos formales, de tener garantizado en una empresa permanentemente un ingreso estable, con equis renta y que me echen. En este caso, yo me despido solo en la medida en que no tuviese la capacidad de trabajar, no me acompañase el estado físico, mental" (*David, 43 años, medio alto*).

A diferencia de los varones de sectores medios altos, los varones populares representaban al mundo del trabajo como independiente de sus voluntades. Era un dato que tenían que aceptar tal como se les presentaba y debían acomodarse a él. Sentían, sí, el peso del mandato internalizado: debían trabajar, pero no tenían medios para generar condiciones que les permitiesen asumir esos mandatos y ejercerlos según estimaban conveniente y se esperaba de ellos. Según los relatos, no eran actores que se sintieran definiendo las condiciones de su vida laboral. Por el contrario, estaban supeditados a lo que se les ofrecía, y a aceptarlo en las condi-

ciones que eran presentadas por los proveedores de trabajo (patrones). Ni siquiera estaban seguros de poder mantener un trabajo, porque muchas veces lo perdían pese a que estimaban que lo hacían responsablemente, cumpliendo a cabalidad con lo pactado. Para varios, una enfermedad fue motivo de cesantía. Las decisiones que tomaban sus contratantes, fuese para contratarlos, cambiar sus condiciones de trabajo o para dejarlos sin él, estaban normalmente situadas en un campo de discrecionalidad. El jefe, la empresa o el patrón podía en cualquier momento o cambiar las condiciones e incluso sin previo aviso despedirlo. Estos varones no visualizaban recursos a su alcance para impedir, retrasar o modificar la decisión.

Una vez cesantes, debían volver a buscar otro trabajo que generalmente tenía condiciones semejantes a las vividas con anterioridad. En este sentido, el trabajo los sobrepasaba, eran espectadores de decisiones que los afectaban profundamente. “A veces suceden cosas que nunca me las esperaba en el sentido que te dicen: Hasta aquí no más llegó, porque no sirve. Yo trato de ser lo más bueno posible. Soy responsable, porque nunca he llegado tarde, nunca he robado nada. O sea, nunca me han echado, pero me dicen que me van a mandar a llamar y nunca más me llaman y uno se muere esperando, te sale barba y nunca te llamaron. Una vez fue porque estaba trabajando con mi hermano y llegó la cuestión de la licitación, esos compadres que ven quién te trabaja en la empresa y toda esa onda, y vieron que éramos hermanos y dijeron que no podían trabajar hermanos y me dijeron que chao... Estaba trabajando en una empresa donde hacen viajes a las minas, me dio una baja de presión y me cortaron. Sí, pero no de flojo. Estás lo más bien y de repente te vas en un hoyo, y eso es lo que no me explico por qué” (*Fabio, 25 años, popular, cesante al momento de la entrevista*). “Siempre he tenido esa fe, que Dios me va a dar una mano y que voy a dejar de sufrir de estar sirviendo para que otros

gocen a costilla mía, porque acá nosotros lo que ganamos es una miseria de sueldo y toda la gente tiene conciencia que uno vive... ni a medias vive... En este trabajo no estoy disconforme ni conforme tampoco, siempre hay una pequeña disconformidad en cuanto a lo económico, a base del sueldo que uno tiene. Pero yo creo que es tan normal en cualquier persona que creo que todos estamos con ese drama, sea de donde sea, no tan sólo yo, o sea, todos estamos con ese dilema económico...” (*Pelao, 44 años, popular*).

Trabajar y proveer

En los varones entrevistados, cualquiera fuese su edad y condición social, estaba fuertemente internalizado el sentimiento de que eran los proveedores de la familia, aquellos que debían generar los recursos para la subsistencia de su núcleo familiar más allá de los cuestionamientos o contradicciones que ello les provocase. “Es una responsabilidad ineludible. Es una responsabilidad grande, el sustento, la casa no camina si yo no trabajo” (*Koke, 32 años, popular*). “Es una pesada e injusta responsabilidad cultural que la familia no reconoce. Una responsabilidad, un peso” (*Alberto, 46 años, medio alto*).

Los hombres manifestaron que ellos eran los responsables de proveer; por ser padres y jefes de hogar, otros dependían de ellos, a quienes deben responder. Este planteamiento tenía más fuerza entre los varones populares y también entre aquellos cuya pareja no trabajaba remuneradamente. Ser proveedor, señalaban, es una responsabilidad ineludible que les obligaba y les permitía orientar y tomar las decisiones más importantes de la familia. “Para mí significa algo satisfactorio porque a veces uno hace cierto paréntesis y dice: Oye, esta familia se mueve, se alimenta, esta familia crece, esta familia se prepara en la parte educación, a raíz de que yo genero recursos, o en la casa se pueden comprar cosas

porque yo realmente soy el que genera los recursos" (*Pancho, 27 años, popular*).

De sus padres y madres aprendieron que ser el proveedor de la familia es ser importante. El varón genera los ingresos para la familia y se debe sentir orgulloso de ello. Es una responsabilidad con los hijos. "Es mi responsabilidad. La responsabilidad asumida desde que me casé; olvidémonos de que la mujer trabaje, o sea, yo lo veo desde el concepto de mis papás. Mi papá trabajaba, mi mamá en la casa. Yo no digo que ella se quede en la casa, si por mí ojalá y ganara más que yo, que ella se sintiera bien con lo que haga, pero no me interesa si está o no está en la casa, no me interesa, soy yo el que tiene que llevar la plata" (*Maly, 28 años, popular*).

Pero ser proveedor también les resultó un sacrificio, una responsabilidad que los limitaba y obligaba, porque no podían fallar. Los entrevistados se sentían presionados por su familia y por los demás para que cumplieren. "Es una responsabilidad con los hijos, una carga, algo a lo que se siente presionado; me agota, me siento agotado, .. siento que tengo una mujer que me chupa energía" (*Wally, 40 años, medio alto*).

Entre los varones de sectores medio alto y populares mayores ser proveedor era una tarea que se podía compartir con la mujer, aunque la mujer sólo aportara la diferencia; el aporte principal venía de ellos. "Es una responsabilidad que se puede compartir con la pareja. Es fundamental mi trabajo en la manutención de la familia, lo que gana mi mujer sería como secundario para el mantenimiento de la familia" (*Clark, 42 años, medio alto*). "Es una responsabilidad, una necesidad que depende del hombre. La pareja puede colaborar" (*Charly, 48 años, popular*).

Cuando el varón no tenía trabajo, ni ahorros y no podía proveer, se sentía impotente, se desesperaba. "No puedo hacer nada. Me siento pésimo" (*Eugenio, 45 años, sector medio alto*). "Si me quedo sin plata para los motivos personales míos, me da lo mis-

mo. Pero si es para la casa ¡chuta!, ahí me desespero por no poder cumplir" (*Loco Soto, 69 años, popular*).

NATURALIZACIÓN DE LA DIFERENCIA Y RECURSOS DE PODER

A partir del referente de masculinidad dominante con sus atributos y mandatos, esta manera de ser hombre se ha transformado en lo "natural", "los hombres son así", y el resultado es que invisibiliza el poder de los varones sobre las mujeres y de algunos hombres sobre los otros (Kimmel, 1998; Connell, 1998). Esta invisibilidad permite las relaciones de poder y al mismo tiempo las reproduce, gracias a la dinámica de lo "no existente".

Para los varones entrevistados, en la reconstrucción biográfica que hicieron, su identidad como varones habría sido un dato de siempre. Desde que tuvieron conciencia, ellos mismos se habían visto como hombres. Nunca pusieron en duda que lo fueran; inicialmente como niños, luego como adolescentes y al momento del relato como adultos. Percibían que el ser hombres, de la manera en la que habían sido socializados, era parte de su naturaleza. "Los hombres nacen así y así será por siempre". Para ninguno de ellos ésta fue una cuestión incierta o dudosa, que les causara problemas en algún momento de sus vidas. Bastaba tener pene. "Tiene que tener los genitales propios del hombre" (*Yayo, 26 años, popular*). "Ah!, tiene pene, nada más... si me dices: Define un hombre con una palabra: varón, nada más, tiene pene" (*Maly, 28 años, popular*). Pero además de tener pene, que hacía la diferencia corporal visible con las mujeres, reconocían en ellos una forma de ser que era propia de los hombres, y esa ya no era un aspecto corporal que hiciera la diferencia con las mujeres, sino una forma de sentir, de comportarse, de hablar, que les distinguía, y esto último, al igual que el pene, era también permanente.

Les tocó ser hombres, fue algo de la naturaleza, venía de adentro. "Ser hombre viene de adentro, no porque andas en pelota o andas con falda o blue jeans te vas a cambiar" (*Keko, 25 años, popular*). "¿Ser hombre? [silencio]. Nunca me he puesto a pensar qué significa ser hombre, o sea ser... ¿Qué significa ser hombre? No, me tocó ser hombre, no más" (*Coto, 28 años, popular*). "Para mí ser hombre significa que uno nació como hombre y tiene que morir como hombre. Es la cuestión de la naturaleza. Bueno, para mí es eso, porque si uno nació cuando niño hombre, puede ser hombre para toda la vida" (*Lucio, 29 años, popular*).

Las construcciones socioculturales en torno a la diferencia corporal, que distinguen a "los" que tienen pene de "las" que no lo tienen, habían sido internalizadas como parte constitutiva de esa diferencia corporal. Señalaron que "la forma de ser" varones les venía de adentro, era su naturaleza. En torno a los cuerpos construyeron la diferencia y ésta pasó a ser parte de sus identidades de género. Adquirieron sentido así las diferencias que posibilitan las inequidades, no como recursos otorgados injustamente, sino como dones otorgados por la naturaleza. Para varios, por tanto, haber nacido hombre fue un regalo preciado, una gracia divina. No cualquiera nace hombre, hay que agradecerse al Señor. "Hombre, eso es lo que me dio la naturaleza, o la Gracia Divina, de ser hombre, y soy hombre y asumo mi virilidad en mi calidad de hombre" (*Polo, 21 años, popular*). "Haber sido hombre para mí significa algo grande, que me dio el Señor. Le doy gracias al Señor que me haya hecho hombre" (*Héctor, 29 años, popular*).

La división sexual del trabajo supone una construcción de los cuerpos de los hombres adaptados a los procesos productivos, ignorando dolencias y enfermedades, porque ello los separaría por completo de la producción y de la calle, y los llevaría al hogar o al hospital, lugares feminizados, espacios para las mujeres, niños y ancianos.

Esta forma de masculinidad sería, por tanto, inmutable; respondería a la naturaleza y su corporeidad determinaría la forma de ser de los hombres. En el campo de la sexualidad, aquellos varones que no son heterosexuales sería considerados no plenamente "masculinos", una "desviación" biológica, enfermos.

El modelo de masculinidad referente invisibilizado y transformado en naturaleza, con sus atributos y mandatos sociales, es el que posibilita que los hombres accedan a recursos de poder significativamente mayores que las mujeres y que ciertos hombres los posean en proporciones mayores a otros. A partir de éste, los varones serían impulsados a buscar poder y a ejercerlo en las mujeres y aquellos hombres que están en posiciones jerárquicas menores, a quienes pueden dominar. Llevaría a establecer relaciones de subordinación, no sólo de la mujer con respecto al hombre, sino también entre los propios varones, permitiendo la existencia de masculinidades hegemónicas y subordinadas.

Hay al menos hay cinco ámbitos en que los varones acceden a recursos cualitativamente superiores a las mujeres en la construcción de sus identidades y relaciones de género: autonomía personal, el cuerpo, la sexualidad, las relaciones con otros/as y la posición asignada en la familia.

a) Los padres (al igual que las agencias socializadoras) esperan que sus hijos varones reproduzcan el referente de masculinidad, encarnando los atributos de éste y ejerciendo sus mandatos. Por ello les inducen a apropiarse de recursos de poder que apuntan a la autonomía personal de manera significativamente mayor a la que tienen las mujeres, como es el acceso a los espacios públicos, el uso del tiempo y el manejo del dinero. Desde niños se les permite el conocimiento y la familiarización creciente con la calle —los espacios públicos—, imponiéndoles restricciones cada vez menores, tanto de los lugares a los que acceden como del tiempo

utilizado. En la calle ellos deciden qué hacen en el tiempo y no son requeridos para actividades domésticas, salvo aquellas que hacen los hombres y en general requieren poco tiempo. Esto posibilita a los hombres autonomía de movimiento y uso del tiempo fuera del hogar, que les será de gran utilidad en el camino a la adultez. Los padres y los/as otros/as adultos están observando y guiando al niño/adolescente a incursionar en esos espacios, incentivando su autonomía. Las mujeres, en cambio, tienen restricciones en sus salidas a los espacios públicos desde siempre, porque ése es un ámbito potencialmente peligroso, allí están los hombres y las podrían dañar. Los mismos varones que son impulsados a apropiarse de la calle, son a su vez los potenciales agresores de las mujeres que incursionen en ellas. Además, para ellas parte del uso de tiempo ya está definido: deben participar en las actividades domésticas, ayudando a la madre e iniciándose en sus atributos y mandatos de género, permaneciendo en el hogar.

El dinero es también otro ámbito que diferencia a hombres de mujeres desde la infancia. Los varones para sus salidas requieren de dinero; al inicio en cantidades pequeñas, pero luego mayores. Cuando necesitan más dinero del que obtienen en sus hogares, tienen mayores facilidades para realizar algún tipo de actividad que les sea remunerada y les es, en mayor o menor medida, reconocido. A las mujeres en cambio les resulta más difícil, porque el trabajo doméstico no se remunera y además no lo necesitarían o sus necesidades serían menores a las de los varones. Iniciarse/iniciarlas en el trabajo remunerado siendo niñas o adolescentes es un riesgo, y el peligro nuevamente está representado por los varones. Esta diferenciación en el manejo del dinero desde la infancia se ve acentuada en muchos casos cuando adultos/as. Sea porque las mujeres se quedan en el hogar, en las actividades reproductivas –“dueñas de casa”– o por el nivel de los ingresos percibidos en sus puestos de trabajo, normalmente inferiores a los que reciben los varones.

b) La construcción de los cuerpos y la interpretación de las “pulsiones” da origen a recursos de poder que se distribuyen inequitativamente entre hombres y mujeres. Según esta construcción, los cuerpos de los hombres deben ser: activos, fuertes, duros, aptos para el trabajo pesado, para la guerra; para el mando; cuerpos que podrían ser constantemente sometidos a prueba; cuerpos de la calle; racionales, que controlarían sus emociones y sus actos, excepto cuando los “ciega la rabia”, “el mal genio” y el deseo (“instinto”) sexual; cuerpos para penetrar al cuerpo de las mujeres. Los cuerpos de las mujeres, en cambio, deben ser pasivos, delicados, débiles, aptos para trabajos livianos, cuerpos emocionales, para ser penetrados por los varones y para la maternidad, cuerpos del hogar que hay que proteger, complementarios a los de los varones.

La invisibilidad de la construcción lleva a que los varones se apropien de “su” superioridad corporal, en relación a la mujer, desde que tienen conciencia. Su cuerpo es el fuerte, el de la mujer el débil. La socialización a que son sometidos desde su infancia apunta a que logren maximizar ese atributo. Cuerpos para defender/se de otros varones y proteger a las mujeres. Cuerpos de hombres para que protejan a la Madre Patria de potenciales invasores. Pero estos cuerpos, así como deberían proteger, pueden agredir. Su capacidad de ejercer violencia es otro de los recursos de poder que otorga el modelo de masculinidad referente a los varones. Los cuerpos de los varones son –potencialmente– agresivos en los distintos espacios en que circulan las mujeres y los “débiles”: en sus hogares, con sus parejas e hijos/as; en la calle, con aquellas que andan “solas” sin varones adultos, con los niños, los ancianos y los homosexuales; en el trabajo, acosándolas sexualmente; en la guerra, como trofeos de guerra y “limpieza” de género, genocidio.

La interpretación que hacen los varones del cuerpo no sólo tiene gran importancia en la construcción de sus identidades y relaciones de género –sea en la subjetividad individual, las rela-

ciones de pareja o el núcleo familiar—; también establece jerarquías entre ellos y los posiciona a partir de las diferencias. Esto, igualmente invisibilizado, se expresa fundamentalmente en las instituciones —religiosas, productivas, educacionales, militares/policiales, entre otras— y las políticas públicas, al imponer como un dato de la naturaleza estas construcciones culturales de los cuerpos, que discriminan la diferencia, la reproducen e incentivan.

El cuerpo, que da origen a la construcción genérica, es por tanto objeto de construcción social, constantemente afectada por el poder social que impone un tipo de masculinidad a través de un determinado sistema de sexo/género. El cuerpo está abierto al cambio y es objeto de interpretación, sus significados y su jerarquía cambiaría históricamente (Connell, 1995, 1998).

En su constitución, esta forma de masculinidad es sexista —los hombres son superiores a las mujeres— y heterosexista —los heterosexuales son los normales, superiores a los homosexuales, que son enfermos e inferiores—. Su interpretación de los cuerpos justifica la homofobia, estigmatiza al hombre homosexual como enfermo, patológico, que debe ser corregido y castigado. Asimismo, feminiza a los hombres cuyos cuerpos no correspondan al estereotipo de la masculinidad hegemónica. Hombres expresivos de sus emociones, artistas, de contextura débil, enfermizos, entre otros, tenderían a ser feminizados. Esta interpretación del cuerpo, que se ha transformado en algo natural, llevaría a los varones a ocultar sus debilidades para no ser catalogados de débiles, afeminados u homosexuales, y a hacer demostraciones de “hombría” ante los otros/as comportándose de manera sexista, heterosexista y homofóbica. De la misma manera, la división étnica/racial de la sociedad establecería una jerarquía de los cuerpos, que infantiliza y feminiza a los hombres sometidos de las etnias/razas conquistadas, atribuyéndoles características que corresponderían al cuerpo estereotipado de la mujer: pasividad, debilidad, falta de confiabili-

dad, emocionalidad, infantilismo. Estos serían hombres-niños, flojos, pendencieros, traicioneros, llevados por sus emociones, peligrosos (Connell, 1998; Kimmel, 1998). Sin embargo, como lo describe Mara Viveros (1998a y 1998b), puede observarse una inversión en las valoraciones desde los cuerpos disminuidos.

c) Una característica de los hombres, según el referente de masculinidad, es la heterosexualidad, la sexualidad realizada con el sexo opuesto. Sólo el hombre heterosexual sería plenamente hombre. Como lo analizan numerosos autores y autoras, en este modelo la heterosexualidad se convierte en un hecho natural (Lamas, 1995; Lagarde, 1992; Kaufman, 1997; Rubin, 1987; Kimmel, 1997; Connell, 1995; Fuller, 1997; Viveros, 1998a; Ramírez, 1993; Gilmore, 1994; Badinter, 1993; Valdés y Olavarría, 1998; Olavarría *et al.*, 1998).

Al atribuir su sexualidad a un instinto animal —fenómeno fisiológico—, su impulso puede ser más fuerte que la voluntad; en ese caso, la razón no lograría controlar el cuerpo y el deseo. Para muchos varones la necesidad llega a un punto tal en que no pueden dominarla, no la pueden doblegar. El hombre se puede transformar en un animal descontrolado. La animalidad que hay en el varón puede sobrepasarlo, la animalidad es el descontrol.

Esta interpretación, que sería sentida subjetivamente por una proporción importante de varones, les llevaría a vivenciar su cuerpo como un factor de fragmentación de su subjetividad que asocia sus deseos, placeres y emociones —propias de la sexualidad— con expresiones de una fuerza interna que no se puede controlar y que los podría llevar a ejercer violencia más allá de su voluntad, para satisfacer el deseo. Pero esta interpretación, que libra al varón de sus responsabilidades en las consecuencias de su sexualidad, les permite a la vez justificar el uso de fuerza (violencia) para someter contra su voluntad a mujeres, y a veces varones, indefensas/os y engañar bajo amenazas a niños/as, no sintiéndose responsables de

sus actos ni de las consecuencias de ello, porque no han sido capaces de controlar su "instinto", aunque les produzca dolor y manifiesten arrepentimiento.

La interpretación de los cuerpos de hombres y mujeres, muy internalizada entre los varones, les lleva a distinguir entre sexo y amor. Algunas de sus consecuencias se expresan en la relación con sus mujeres. Les llevaría a celar a sus mujeres, cuando se muestran empáticas con un varón, y a interpretar como la máxima muestra de desamor y traición de su mujer/amada el que ella pueda tener sexo con otro varón. Pero no sucedería en el caso contrario, cuando es el varón el que tiene sexualidad con otra mujer.

El amor, en cambio, se reservaría a la mujer amada, aquella con la que se puede casar, tener hijos y proveer. Se hace el amor con la mujer amada y se tiene sexo con las otras. Esta forma de interpretar la sexualidad, que adquiere tanta fuerza en la adolescencia y juventud, comenzaría a ser cuestionada por los propios varones cuando establecen relación de pareja y comienzan a convivir, porque sexo y amor serían componentes esenciales para la estabilidad de la pareja. Cuando se debilita uno de estos dos componentes, la pareja entraría en conflicto; cuando se debilitan ambos, haría crisis la convivencia (Olavarría *et al.*, 1998).

Esta construcción de los cuerpos del hombre y la mujer tiene profundas consecuencias en la salud reproductiva. Las mujeres tendrían la mayor responsabilidad en la reproducción porque "sabrían" que los varones cuando se excitan no tienen un gran control de sus cuerpos; ellas, en cambio, sí conocerían su cuerpo, sus períodos fértiles; su cuerpo además anida el embarazo. Así, las mujeres son las que pueden regular la fecundidad, controlando la frecuencia de las relaciones sexuales con el varón o usando anticonceptivos que impidan un embarazo. Los varones, que se preocupan de sus mujeres, les hacen presente a éstas que se cuiden, que usen adecuadamente los anticonceptivos, y sólo usarían condones

en aquellos casos en que ellas, por problemas de salud serios, no puedan usar anticonceptivos, durante el período que dure el impedimento. Esta manera de enfrentar la reproducción en gran medida es estimulada por los/as profesionales de la salud, al no sugerir caminos que involucren directamente al varón. Lleva a que los hombres se sientan como espectadores de la procreación y del embarazo de sus propios hijos y que las mujeres deban asumir una responsabilidad que debería ser compartida con su pareja.

d) Tanto los atributos como los mandatos que impone el referente de masculinidad dominante señalan que los hombres son distintos y superiores a las mujeres; éstas son lo opuesto, lo contrario de los varones; sus atributos las hacen menos importantes: ser de la casa, emocionalmente expresivas, guiadas por sentimientos, físicamente más débiles, entre otros. Es una oposición que supone la inequidad; la otredad minusvalorada. En ellas se concentra el conjunto de cualidades que expresan esa menor importancia. Por lo tanto, los hombres no deben hacer las cosas que hacen las mujeres, porque hacerlas significa exponerse a ser tildados de afeminados y arriesgan el rechazo de parte de los otros/as. Las actividades de las mujeres, según el modelo referente, son el límite que no debe traspasar el varón. "Yo estoy contento de ser hombre. Soy medio machista, lo admito, pero estoy contento de ser hombre, porque no tengo que hacer tantas cosas que tienen que hacer las mujeres" (Roni, 21 años, popular).

El grado de posesión de los atributos del referente de masculinidad que exhiban los hombres les otorgará recursos de poder diferenciados. Mostrar precariedad y comportarse como tal y/o realizar actividades "de mujeres" infantiliza y feminiza a los varones y los subordina a otros, como poco hombres, débiles y menos importantes. Una forma de feminizar a un varón es obligarlo a hacer "cosas" de mujer, y/o decir que las hace. En la feminización

del otro esta la constitución de masculinidades dominantes y subalternas y por tanto los recursos de poder implícitos. Estas capacidades se atribuyen/distribuyen/reconocen en hombres específicos, por ejemplo: los varones cesantes, sin ahorros / los propietarios de medios de producción; los que poseen los atributos físicos / los que no los tienen; los que controlan sus emociones y actúan racionalmente / los que expresan sus emociones (porque no las “pueden” controlar); los heterosexuales / los homosexuales. Las dicotomías pueden ser múltiples, las capacidades/ “discapacidades” se potencian entre sí, posibilitando las discriminaciones de género, reforzadas por las de raza, etnia, clase social, discapacidad física/intelectual, edad o etapa del ciclo de vida.

Así, la masculinidad dominante inviste de poder a los varones por el hecho de serlo y les posibilita estructurar relaciones con las otras/os, subordinándoles, desvalorizándoles y convirtiéndoles en dependientes de ellos. Lo hegemónico y lo subordinado emergen en una interacción mutua, pero desigual. La masculinidad que no corresponde al referente es disminuida, subordinada, pero ambas se requieren en este sistema interdependiente. Toda forma de ser hombre que no corresponda a la dominante, sería equivalente a una situación precaria de ser varón, que puede ser sometida a dominio por aquellos que ostentan la calidad plena de “varones”.

e) La posición que se asigna al varón en su núcleo familiar le confiere recursos de poder que se potencian con los antes mencionados. A partir de la naturalización de un tipo particular de familia, la familia nuclear patriarcal (Olavarría, 2000a, b), se caracteriza a ésta como una institución estructurada en torno a cierto tipo de relaciones que establece roles²⁸ para cada uno de sus miembros

28. “Rol: pauta de conducta estructurada alrededor de derechos y deberes específicos y asociada con una posición de estatus dentro de un grupo o situación

bro —el padre, la madre, los hijos varones y las hijas mujeres—. Pero al caracterizar a las mujeres en la pareja y en el núcleo familiar, éstas no se distinguen por ser lo opuesto con menor valor, sino por ser complementarias del varón. A primera vista, dentro de un núcleo familiar la mujer habría recuperado su equivalencia con el hombre: distintos pero equivalentes, pero es en esa complementariedad donde queda nuevamente de manifiesto su menor valía cuando es asociada a un sistema de roles (teoría de los roles sexuales) que no hace sino reaparecer la inequidad y darle nuevamente un carácter de naturaleza. Esta forma de caracterizar a la mujer, a partir del modelo dominante de masculinidad, invisibiliza doblemente la inequidad, desde las identidades y las relaciones de género. “Uno no es hombre sin mujer. Puede ser un hombre y todo, pero si no tiene la mujer al lado que lo va a apoyar no es hombre” (*Darío, 25 años, popular*).

Este tipo de familia se articula a partir de las relaciones que tienen los otros miembros con el padre/varón, que ocupa el vértice superior y los ordena y supedita, estableciendo atribuciones y responsabilidades, “roles y funciones” para cada uno. Los “roles” del varón/padre son: ser la autoridad, jefe del hogar, proveedor, regulador de los premios y castigos, entre otros. Los roles del resto de los miembros de la familia y sus interacciones se estructuran en relación a éste. Cuando esta construcción histórica de la familia se invisibiliza, transforma a esa familia en “la familia” y se está en presencia de un proceso que esencializa, transforma en naturaleza aquello que ha sido construido, confiriendo al varón recursos de poder sólo por el hecho constituir un núcleo familiar con su pareja.

social. El rol de una persona se define, en cualquier situación, por medio de un conjunto de expectativas para su conducta, sostenidos por otros y por la persona misma”. R. Linton (1936): *The Study of Man*. Appleton-Century-Crofts, N. Y. Citado por Theodorson, G. A y Theodorson, A. G. (1979). Paidós, Buenos Aires.

Los recursos asignados al varón en la familia a través de la paternidad tiene como contraparte una mujer que ejerce la maternidad, que le es complementaria. La mujer/madre complementa al hombre/padre; ambos, con los hijos, dan origen a la institución de la familia, "base de la sociedad". Él trabaja y ella está en la casa; él provee y ella mantiene y cría a los hijos; él es la autoridad y ella y los hijos le deben obediencia. La separación de lo público y lo privado y la división sexual del trabajo, que conlleva esta paternidad, pasan a ser lo "normal". Son el referente, se incorporan a la identidad de hombres y mujeres y de alguna manera estructuran la convivencia y la familia.

Responsabilidades masculinas y recursos de poder

Una de las expresiones del uso de recursos de poder por parte de los varones es el sentido que adquiere la responsabilidad para ellos. Éste es precisamente uno de los aspectos donde se concentra parte importante de lo que se ha caracterizado como la fragmentación de las identidades y subjetividades de los hombres, pero a la vez sería uno de los mecanismos que permite el uso de poder. El modelo referente de masculinidad permite a los varones que prácticas contradictorias sean justificadas como "responsables", liberándoles subjetivamente de las obligaciones que tienen en las consecuencias de dichas prácticas. En nombre de la responsabilidad los varones pueden justificar comportamientos contradictorios, pero que adquieren sentido subjetivo "honorable" en la construcción de sus propias biografías. Un varón puede ser responsable asumiendo la paternidad de un hijo como no haciéndolo. Comportamiento que sería generalizado en una proporción importante de padres de los hijos nacidos fuera del hogar, especialmente de madres adolescentes. En algunos casos los padres asumen su paternidad, el embarazo de la pareja los lleva a convivir/casarse con ella, especialmente

en varones de sectores populares cuando hay una relación de afecto/amorosa; en otros, niegan su paternidad porque ponen en duda si ellos efectivamente son los padres, aún cuando tengan conciencia de que eran la única pareja sexual de la embarazada. Este segundo comportamiento también es sentido como responsable por algunos varones: "responsablemente" no asumen una paternidad de la que tienen duda. Afortunadamente en Chile, desde 1999, entró en vigencia una nueva legislación sobre filiación que obliga a un examen de ADN en aquellos casos en que haya disputas sobre el particular. Ojalá quienes administran justicia la apliquen.

Son asimismo "responsables" los varones cuando transfieren a la mujer las consecuencias de su sexualidad activa, especialmente en lo referido a la salud reproductiva —anticoncepción, embarazo, parto, por ejemplo— y en muchos casos a la crianza de los hijos. Ellos no tendrían control sobre su propio cuerpo, "el instinto", y por tanto es un riesgo que se les responsabilice de la fecundidad de la pareja. La mujer, en cambio, sí lo controlaría y ella debería hacerse cargo de los efectos de la vida sexual de su hombre. De allí a la manipulación del cuerpo de las mujeres, y no la de los hombres, para regular la concepción habría un corto trecho. Si los cuerpos de los varones son manipulados pueden perder la virilidad. En cambio, eso no sucedería con las mujeres.

También "responsablemente" algunos varones hacen abandono del hogar, cuando toman conciencia de que no son capaces de proveerlo y estiman que la pareja, madre de sus hijos, sí puede hacerlo, porque así lo ha visto en otras mujeres, algunos incluso en la propia madre.

Estos comportamientos "responsables", que permiten a los varones una gran maleabilidad en sus vidas, llevan al observador externo a considerarlos hombres con identidades fragmentadas o, si se generaliza, a las identidades de los hombres como fragmentadas en sí. Pero curiosamente en la subjetividad de los varones eso

es percibido como algo normal, natural. Y en gran medida permitido por el referente de masculinidad que señala mandatos sobre comportamientos "responsables" a partir de relaciones inequitativas entre hombres y mujeres. Lo que "debe" salvar el varón, en última instancia según el referente, son sus recursos de poder para mantener dicha condición y reproducirla.

La inequidad en la asignación de recursos de poder y la justificación de comportamientos contradictorios, que emanan del modelo de masculinidad referente, tienen diversos mecanismos de legitimación, como se ha observado. Por un lado, está la invisibilidad de las construcciones sociales que hay en torno a él, que le permiten transformarlo en parte de la naturaleza, de la "biología" de las personas. Pero también hay interpretaciones que incentivan el carácter ontológico de este referente de masculinidad. Algunas pseudocientíficas como la teoría de los roles sexuales —basada en la explicación estructural funcionalista de la familia y la paternidad/maternidad, con roles y funciones complementarios— es una justificación ideológica del modelo dominante de masculinidad. Transforma una "teorización", o sea una explicación de por qué las cosas suceden como suceden, en una verdad ontológica; toda otra forma de relacionarse es anormal, desviada, va contra natura. Esta explicación lleva, como ya hemos señalado, a invisibilizar la distribución inequitativa de los recursos de poder entre el hombre y la mujer y justifica, en la naturaleza/biología, el uso de esos recursos y el poder que el varón/padre ejerce sobre la pareja e hijos/as. El orden jurídico, finalmente, especialmente el Código de Derecho Civil, legitima al acceso de los varones a los recursos de poder y los transforma en normas jurídicas, en derecho positivo.

PARA FINALIZAR: SER HOMBRE HOY DÍA NO ES TAREA FÁCIL

Los referentes de la masculinidad dominante, sus atributos y mandatos sociales en que han sido socializados los varones y que forman parte de su identidad se enfrentan a un contexto social que los pone en jaque. El hombre ya no es la persona irremplazable, no es la ley indiscutible dentro del hogar. El destino que les suponía ser hombre adulto ya no está asegurado. Los cambios culturales y sociales los afectan, se tornan difusos los límites que lo conforman. Se pierde la exclusividad y con ello los recursos de poder. "Creo que hoy día ha muerto un poco el ser hombre, el cual yo pensaba; la sociedad lo ha matado y yo mismo he ayudado también un poco a eso. Siempre creí que el hombre era la base de una familia, era irremplazable, primordial; si él no estaba, las cosas no funcionaban. Siento que hoy día las cosas se han dado vuelta; dependemos de otros. No soy el hombre que vi cuando chico por intermedio de mi papá, que mantiene, protege, golpea y es la ley dentro de la casa, siento que ha sido distinto, siento que hoy día no es uno, son dos o tres según los que compongan la familia. Creo que está muriendo el proyecto hombre. El hombre no solamente queda mal en televisión, queda en vergüenza, y la mujer no solamente sobresale, ahora tiene un poder. Ahora la mujer es intocable, no se le puede decir nada; va a llegar un momento en que ni siquiera nos vamos a poder dirigir a ella. Yo creo que se está trasladando el poder para el otro lado" (*Andrés, 26 años, popular*).

Los varones entrevistados, cualquiera fuese su edad o sector social, compartían el discurso sobre las características de la masculinidad referente. Pero, pese a que señalaban que éstos eran los atributos y mandatos que los distinguían como hombres, enfrentados a su intimidad y cotidianidad, afirmaban que éstos estaban frecuentemente lejos de sus vivencias. Coexistiendo, así, un referente que hace las veces de super yo de la masculinidad y múltiples

vivencias de la hombría. A algunos les otorga poderosos recursos de poder; a otros, lo más, les induce a utilizar los escasos recursos asignados en el espacio de poder que aún conservarían: el hogar.

Los hombres y por supuesto las mujeres pagan un precio elevado al intentar vivir según este modelo de masculinidad autoritario, toda vez que no acepta la diversidad de masculinidades en plano de igualdad y respeto, que reprime sus sentimientos, genera incertidumbre, frustraciones, violencia y afecta su salud. En el plano de la propia subjetividad, muchos varones expresan que la forma de ser hombre a la que los obliga no corresponde a sus vivencias y sentires y los transforma, en alguna medida, en prisioneros de un modelo que les resulta ajeno. Además, para aquellos varones pertenecientes a grupos sociales subordinados, el ejercicio del poder de otros hombres sobre ellos se convierte en fuente de humillación, sufrimiento y dolor.

En el ámbito de la familia esta forma de vivir la masculinidad aleja al padre de los hijos, física y emocionalmente, aunque él no lo desee, quedando éstos bajo la responsabilidad de la madre, aunque ella tampoco lo quiera. El referente estaría empezando a ser criticado por los propios varones, algunos de los cuales desearían tomar un papel más activo en la paternidad y cuidado de los hijos. Las mujeres, por su parte, crecientemente expresan demandas de una relación afectiva más estrecha del padre con los hijos, al tiempo que buscan que sus parejas compartan las tareas hogareñas. Ello se ve dificultado cuando algunos varones lo intentan, porque las normas legales y procedimientos administrativos existentes impiden una permanencia mayor del varón con su familia, toda vez que el Estado y quienes regulan el mercado de trabajo —empresarios y gobierno— refuerza la división sexual del trabajo social y el modelo hegemónico de masculinidad.

En los ámbitos públicos, como el trabajo y la política, este modelo de masculinidad obligaría al varón a tener un comportamien-

to agresivo, para mantener sus posiciones y recursos de poder, tratando de impedir su acceso a lugares de mayor importancia.

En relación con los otros hombres, esta masculinidad los pone en permanente situación de competencia, obligándolos a ocultar sus sentimientos, afectos, emociones, debilidades, miedos y dificultades. Asimismo, reprime a los varones que tengan una orientación sexual distinta a la heterosexual y les dificulta el asumir públicamente su condición de tales y vivir según sus identidades sexuales.

Este conjunto de situaciones llevarían a una creciente fragmentación de las identidades masculinas, viviendo los varones conflictuados entre demandas del modelo referente y de sus propias inclinaciones, en los diferentes entornos y relaciones sociales.

A pesar de la gran presión que ejerce el referente de masculinidad dominante y los atributos de poder que les otorga, se percibe entre los varones entrevistados un creciente malestar en torno a él. Pero, pese a lo anterior, el referente de la masculinidad confiere a todos los varones, por el hecho de serlo, una investidura con poder que sigue siendo más atractiva que el no tenerla y ponerse en pie de igualdad con las mujeres.

Hacer visible el referente de la masculinidad posibilita transformar ese malestar en crítica a aquellos/as que desean relaciones más equitativas, al reconocer conscientemente que es una construcción cultural que ha generado relaciones sociales autoritarias, jerárquicas y una distribución inequitativa entre hombres y mujeres. Significa, asimismo, visibilizar la ideologización que hay detrás de ciertas explicaciones pseudocientíficas que lo sindicán como parte de la naturaleza. Permitirán avanzar por el camino de la equidad, con relaciones más igualitarias y democráticas, de mayor intimidad entre hombres y mujeres y entre los propios hombres, reconociendo y respetando las diferencias.



BIBLIOGRAFÍA

AS. Armas y Servicio (1999). "Editorial", en AS. Armas y Servicio, n° 73, octubre 1999. S.M.O.: *El deber ciudadano*. Publicación del Ejército de Chile.

Badinter, E. (1993). *xy, la identidad masculina*, Editorial Norma, Bogotá.

Connell, R. (1995). *Masculinities: Knowledge, Power and Social Change*, University of California Press, Berkeley.

———. (1998). "El imperialismo y el cuerpo de los hombres", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso, FNUAP, Santiago de Chile.

Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

———. (1998). "La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos del Perú", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso, FNUAP, Santiago.

Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Editorial Paidós, Barcelona.

Gutmann, M. (1996). *The Meanings of Macho. Being a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley.

Kaufman, M., ed. (1987). *Beyond Patriarchy. Essays by Men on Pleasure, Power, and Change*, Oxford University Press, Toronto.

———. (1997). "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres n° 24, Isis Internacional, Flacso, Santiago de Chile.

Kimmel, M. (1997). "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres n° 24, Isis Internacional, Flacso, Santiago de Chile.

———. (1998). "El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hege-

mónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso, FNUAP, Santiago de Chile.

Lagarde, M. (1992). “Identidad de géneros”, Serie Cuadernos de Trabajo (s/n), Cenzontle, Managua.

Lamas, M. (1995). “Cuerpo e identidad”, en *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, L. Arango, M. León y M. Viveros (comps.), Tercer Mundo, Uniandes, Bogotá.

Marqués, J. V. (1997). “Varón y patriarcado”, en Valdés, T. y J. Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres n° 24, Isis Internacional, Flacso-Chile, Santiago de Chile.

Monick, E. (1994). *Phallos. Símbolo sagrado de la masculinidad*, Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile.

Nielsen, General J. C. (1994). “Exposición sobre el servicio militar”, en la *Revistas Fuerzas Armadas y Sociedad*, año 9, vol. IX, n° 1, enero-marzo de 1994. Seminario sobre el Servicio Militar en Chile: evaluación, dilemas y perspectivas. Flacso, Santiago de Chile.

Olavarría, J., C. Benavente, P. Mellado (1998). *Masculinidades populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*, Flacso, Santiago de Chile.

Olavarría, J. y R. Parrini (1999). *Los padres adolescentes. Hombres adolescentes y jóvenes frente al embarazo y nacimiento de un/a hijo/a. Antecedentes para la formulación y diseño de políticas públicas en Chile*, Unicef, Flacso, Santiago de Chile.

Olavarría, J. y P. Mellado (2000a). “Ser padre. La vivencia de padres de sectores populares en Santiago”. Informe final del Proyecto Fondecyt N° 1980280.

Olavarría, J. (2000b). “Ser padre en Santiago de Chile”, en Norma Fuller (ed.) *Paternidades en América Latina*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

———. (2000c). “De la identidad a la política: masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriar-

cal en el siglo xx”, en J. Olavarría y R. Parrini (eds.) *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*, Flacso-Chile, Red de Masculinidad y Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile.

Parker, R. (1998). “Hacia una economía política del cuerpo: construcción de la masculinidad y la homosexualidad masculina en Brasil”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso, FNUAP, Santiago de Chile.

Ramírez, R. (1993). *Dime Capitán. Reflexiones sobre la masculinidad*, Ediciones Huracán, Río Piedras.

Rubin, G. (1996). “El tráfico de mujeres. Notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, en M. Lamas (comp.) *Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Universidad Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género, Ciudad de México.

Sharim, D., U. Silva, A. Rodó, D. Rivera (1996). *Los discursos contradictorios de la sexualidad*, Ediciones Sur, Colección Estudios Sociales, Santiago de Chile.

Stern, S. (1995). *The Secret History of Gender: Women, Men and Power in Late Colonial Mexico*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.

Valdés, T. y J. Olavarría (1997). “Introducción”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres n° 24, Isis Internacional, Flacso, Santiago de Chile.

———. (1998). “Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso, FNUAP, Santiago de Chile.

Villa, A. (1996). “Subjetividad y salud reproductiva: un estudio sobre las perspectivas de los hombres de poblaciones urbanas de extrema pobreza”, Prodir-Fundación Carlos Chagas, São Paulo.

Viveros, M. (1998a) “Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.),

Masculinidades y equidad de género en América Latina, Flacso, FNUAP, Santiago de Chile.

——— (1998b). “Dionisios negros. Sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia”, ponencia presentada en el XXI Congreso de Lasa, Chicago.